EL ANGEL MALO,

O LAS GERMANIAS DE VALENCIA.

ma en cinco actos, en prosa, original de D. Enrique Perez Escrich, *representado con grande uso por primera vez en Madrid, en el teatro de la Cruz, á beneficio de la primera actriz doña Antonia Scapa, la noche del 2 de abril del año* 1856.

MI QUERIDO TIO DON FROILAN TORIJA.=*Las ci nstancias, segunda madre del hombre y de la osas, me obligaron á escribir este drama en m pocos dias. Poco es el mérito de la obra, pe usted la aceptará, tal cual es, como una mstra del cariño y la gratitud que para usted gu da el corazon de su sobrino*=ENRIQUE.

PERSONAGES.	ACTORES.
Do BEATRIZ.....	*Sra. Scapa (doña A.)*
MA ALENA.....	*Sra. Menendez.*
EL IREY.....	*Sr. Gomez (don F.)*
GU EN SOROLLA.....	*Sr. Alverá.*
GIL EREZ.....	*Sr. Bermonet.*
JUA	*Sr. Olona.*
EL ARQUES DE VILLAR-RA.....	*Sr. Alvarez.*
MO N GASPAR JUAN.....	*Sr. Saez.*
DON EDRO MAZA.....	*Sr. Benedi.*
DO LUIS BUSTAMANTE...	*Sr. Moreno.*
AN ES GENIS.....	*Sr. Gomez (don José.)*
VI TE PERIZ.....	*Sr. Martinez.*
JUA RUIZ.....	*Sr. Gil.*
JAI PONS.....	*Sr. Mestres.*
PAG	*Sr. Cubas.*

Un ntinela, agermanados, caballeros, mugeres, niños, g e del pueblo, soldados, etc.

Valencia el año de 1519.

ACTO PRIMERO.

Se baja en casa de Guillen Sorolla. Al fondo una puer , dos á la izquierda; hogar con lumbre á la derecha primer término; en segundo, sobre una mesa, una rgen de los Desamparados, de talla natural, á los dos lados de esta, dos pendones de la cofradia del arte mayor de la seda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GUILLEN *aparece sentado escribiendo junto á una mesa;* ANDRES *sentado junto al hogar.*

GUI. Andrés, toma esta carta y entrégasela al enviado del encubierto.

AND. Y cuándo se dará el golpe?

GUI. Si se encuentra con fuerzas puede alzar el grito el domingo de Ramos.

AND. En Játiva adoran al encubierto.

GUI. Asi es.

AND. Y tú crees que ese dia podremos nosotros...

GUI. Eso depende de la contestacion del virey.

AND. De fijo será poco ventajosa para el pueblo.

GUI. Sin embargo, nosotros no podemos decidirnos mientras se respeten nuestros fueros.

AND. Tiempo es ya de romper la cadena.

GUI. Andrés, el dia no está lejos. Ahora puedes darme cuenta de lo que sepas.

AND. El virey y su esposa están á estas horas en la iglesia de San Juan.

GUI. Qué caballeros les acompañan?

AND. El duque de Gandia, el marqués de Villarrasa, y don Luis de Bustamante.

GUI. Cómo es que el gobernador no está con ellos?

AND. Porque se halla un poco indispuesto de resultas de una caida que dió en el convento de Porta-celi el dia que salieron de caza.

GUI. Sabes algo mas que nos pueda ser útil?

AND. Si; Martin Perez, el secretario privado de doña Beatriz, la esposa del virey, me ha dicho que su señora busca un hombre del pueblo valiente y audaz que quiera venderse, con el objeto de que le entere de nuestros planes.

Gui. Por esa parte podemos estar descansados; no lo encontrará.
And. Sin embargo, no debemos confiar.
Gui. Sabes algo mas?
And. Si; anoche entraron entre la una y las dos de la madrugada cien arqueros por la puerta de Cuarte.
Gui. Segun eso tratan de dar muerte al Panadero?
And. Esos soldados me lo hacen temer.
Gui. Dime, y el secretario Martin Perez, está dispuesto á servirnos?
And. Por el oro venderia á su padre; asi es que no tiene mas voluntad que la del que le paga.
Gui. Andrés, grandes son los servicios que has prestado á la Germania; yo en su nombre te doy las gracias y te nombro jurado de los plebeyos.
And. Hijo del pueblo, mi obligacion es defender sus fueros; sirviéndole, me sirvo á mi mismo.
Gui. Y si ese pueblo necesita de un hombre como tú?
And. Entonces mi vida es suya.
Gui. Serás pues su jurado. Ahora avisa á los trece; antes de las diez deben hallarse reunidos aqui.
And. Voy á obedecerte, adios.
Gui. El te acompañe. (*vase Andrés por el fondo.*)

ESCENA II.

Guillen Sorolla, *solo.*

Es preciso acabar de una vez; la partida es nuestra y por cierto no seré yo el que la deje escapar. El encubierto secundará mi alzamiento en Játiva; y al grito de fueros y libertad, todo el reino se levantará en masa. Aprovechemos los instantes para escribirle al marqués. Oh, si este se uniera á nosotros!.. Pero es imposible; unas veces creo que es nuestro amigo, otras... (*llaman.*) Será él, veamos. (*abre.*)

ESCENA III.

Guillen *y* Magdalena.

Gui. Tu á estas horas, Magdalena?..
Mag. Perdona si vengo á interrumpirte.
Gui. Para ti siempre está abierta mi casa. Pero estás temblando? Acércate al hogar, la noche está cruda y á tus años...
Mag. Siempre bueno.
Gui. Ahora dime el motivo de tu visita.
Mag. Guillen, hace tres dias que no he visto á Juan.
Gui. El mismo tiempo que no ha parecido por el taller.
Mag. Oh!.. Entonces es que no quiere verme; me abandona el ingrato... Dios mio! por qué le he revelado que no soy su madre?
Gui. Que tu no eres su madre!.. Entonces, á quién debe su existencia?
Mag. Lo ignoro; es un secreto. Hace diez y ocho años vivia yo en Requena con mi difunto esposo. Una mañana, el cura de la parroquia, llamó á mi puerta y me dijo, entregándome un niño de pocos dias, «Magdalena, ayer te se murió tu hijo, y Dios te envia este que ha sido hallado en las gradas de la iglesia, dale tu pecho, llámale hijo tuyo, y cuenta que yo con mi pobreza tambien socorreré á ese inocente. Aquel niño es Juan. Desde entonces le amo con delirio: si él me abandona, yo no podré vivir. Pero no es verdad que le encontraremos? El no es tan ingrato para dejar abandonada á esta pobre anciana.
Gui. Cálmate, Magdalena. Pero ha sido una imprudencia revelarle ese secreto.
Mag. Mi cariño me ha cegado; le veia triste, y no acertando el motivo, me converti en su espia, cuando una noche le oi decir estas palabras: insensato, por qué abrigas esa esperanza si no eres mas que un plebeyo? Entonces para tranquilizarle, se lo conté todo.
Gui. Desgraciada!.. Tu revelacion ha herido de muerte el orgullo de Juan.
Mag. Oh! yo no puedo perdonarme una imprudencia que le ha hecho tanto daño.
Gui. Tranquilízate, Magdalena, le encontraremos.
Mag. Oh! si, si, yo necesito tenerle á mi lado, porque él es mi vida. Tú me ayudarás á buscarle; no es verdad, Guillen, que me ayudarás?
Gui. Cuenta conmigo.
Mag. Cuando por la muerte de mi esposo me vi obligada á venir á Valencia, te presenté á Juan que tenia entonces doce años; tu le recibiste con paternal cariño, y en tus talleres, bajo tu direccion, aprendió á ganarse el sustento.
Gui. Dime; tu no tienes ninguna sospecha, algun indicio que pueda orientarnos?
Mag. Algunas noches le he visto escribir, y luego rasgaba con furor lo que su mano habia trazado en el papel, diciendo: vana ilusion, nunca será mia.
Gui. (Estará enamorado de alguna dama de la nobleza Oh! eso seria lo peor; porque esa gente solo sabe despreciar á los plebeyos.)
Mag. Estás distraido y nada me dices de buscar á mi hijo.
Gui. Le buscaremos. Pero entretanto ruega á Dios porque no sea cierta la sospecha que cruza por mi mente. (*llaman.*)
Mag. Llaman; será él?
Gui. Abre. (*Magdalena abre y lanza un grito de alegria al reconocer á Juan.*)

ESCENA IV.

Dichos y Juan.

Mag. Ah!.. Es él; hijo mio!.. (*le abraza.*)
Juan. (*con frialdad.*) Tú aqui, Magdalena?
Mag. Ingrato!.. Ya no me llama madre!.. Ah! Guillen ya no me ama, su frialdad lo dice.
Juan. Madre, hay momentos en la vida en que el corazon del hombre se convierte en roca; entonces las emociones quedan ahogadas bajo su peso.
Gui. Déjanos, Magdalena; quiero hablar á Juan. (Ya sabré...)
Mag. (En ti confio.) Adios, Juan, ven pronto, piensa que te he arrullado en mi seno, que hace tres noches que mis ojos no hacen otra cosa mas que llorar.
Juan. (Pobre muger!)
Gui. Ve tranquila; Juan volverá á tu casa para no separarse de ti. No es verdad, Juan?
Juan. Iré, madre mia.
Mag. Oh!.. Gracias, hijo mio, me voy contenta; adios no tardes.
Juan. Adios. (*vase Magdalena.*)

ESCENA V.

Guillen *y* Juan.

Gui. Juan, hace siete años la prometi, á la que se llamaba tu madre, hacer de ti un hombre de provecho y lo he cumplido.
Juan. Jamás olvido los favores. En mi corazon está grabados los que de ti he recibido.
Gui. Yo te he tratado como á mi hijo, como á tal te quiero.
Juan. Lo sé.
Gui. Esto, pues, me dá derecho á preguntarte: Por qué has abandonado á la muger que te crió con materno cariño?

UAN. No la he abandonado.
UI. Cuál ha sido entonces la causa de tu ausencia?
UAN. Tu me has enseñado á adorar á Dios, á defender los fueros del pueblo, y á decir la verdad. No sé mentir. Amo á una muger y la he seguido; si ella no hubiese vuelto á Valencia, yo tampoco. Ya sabes que soy inflexible, quiero unir mi suerte á la suya. No se si es angel ó demonio, pero me importa poco. Si es lo primero, subiré con ella á la gloria, si lo segundo, bajaremos juntos al abismo.
UI. Dime su nombre, iré á verla y le pediré su mano para ti.
AN. No puede ser nunca mi esposa.
UI Por qué?
AN. Porque es rica, noble, opulenta; yo soy un bastardo, un ser despreciable.
UI. No importa, eres honrado y basta; dime su nombre.
AN. No puedo; bástete saber que será mia aunque tenga que luchar con toda la bandada de caballeros que la rodean.
UI. Pero ella te ama?
AN. No me conoce.
UI. Juan, olvida á esa muger.
AN Imposible.
UI. Piensa bien á lo que te espones. La lucha está empezada. Nos han arrojado el guante, y lo hemos recogido.
AN. No me importa.
UI. Desgraciado!.. Olvidas que entre los nobles y el pueblo se levanta una balla de odios y agravios? Olvidas que al presentarte en los dinteles de sus palacios te escupirán al rostro su desprecio?
AN. Ay! del que se me ponga delante, porque antes que me escupa, le arrancaré la lengua para que no repita el insulto.
UI. Joven, Dios te ilumine, pues él solo puede salvarte.
AN. Guillen, dejemos lo porvenir, si te place, y vamos á lo presente.
UI. (Apesar de todo, su energia me encanta.) Habla!
AN. Pertenezco á la hermandad de los trece, y en ella todos hemos jurado sacrificarlo todo por el bien del pueblo; quiero romper mis juramentos, necesito estar libre para alcanzar lo que ambiciono.
UI. Eso es imposible, Juan.
AN. No lo será, puesto que lo deseo.
UI. Con que es decir que prefieres el amor de esa muger al aprecio de tus hermanos? Tienes en tan poco á ese pueblo que tanto te ama, que asi lo abandonas quizás en el momento que mas te necesita?
AN. Advierte que...
UI. Silencio, joven; hasta ahora te he hablado como padre, ahora te hablo como gefe de las Germanias. (*llaman.*) Entra y espera tu sentencia. (*vase Juan puerta derecha.*) Oh! á pesar de todo, le quiero como un hijo. (*Guillen abre la puerta.*)

ESCENA VI.

GUILLEN, GIL PEREZ.

UI. Salud, hidalgo; sabrás decirme si vive en esta casa Guillen Sorolla?
UI. Yo soy el que buscais, buen hombre.
UI. Entonces ven á mis brazos.
UI. Advertid que...
UI. Es verdad, no te he dicho mi nombre, y en estos tiempos, el gefe de los agermanados debe ser precavido. Soy tu antiguo amigo Gil Perez.
UI. Es posible! Tú Gil Perez?
GIL. El mismo.
GUI. Y quién diablos te habia de reconocer con esos cabellos canos y esas cuchilladas que desfiguran tu rostro?
GIL. Amigo Guillen, los moros de Tunez se han divertido en marcarme el rostro, y el sol de América en ennegrecerle.
GUI. Habrás viajado mucho?
GIL. No tanto como mis enemigos querian, puesto que aun no he llegado á la eternidad.
GUI. En aquellos paises te contaba.
GIL. Y contabas bien; por cinco veces he regado con mi sangre las cálidas arenas de Africa y América, pero Dios sin duda me ha conservado la vida para que tenga el placer de estrecharte entre mis brazos.
GUI. Amigo Gil, acerca un taburete al hogar, y mientras vaciamos esta botella cuéntame tu historia.
GIL. Enhorabuena; bebamos. Tú recordarás que una tarde me despedi de ti, diciéndote hasta dentro de cinca dias?
GUI. Es cierto; por entonces andabas enamorado de cierta incógnita...
GIL. Pues bien, aquel viage era por ella.
GUI. Adelante.
GIL. Sali de Valencia con el corazon henchido de ese amor que solo se siente una vez en la vida; por el camino leia y releia una carta que de ella habia recibido, en la cual me citaba para huir conmigo. Oh!.. Con que afan ansiaba el momento de verla! El sitio destinado para reunirnos era una casa situada á la falda del monte de Chiva; llegué á ella, y apenas puse el pie en sus dinteles, ocho cuadrilleros se lanzaron sobre mi, y amarrándome como á un criminal, me condujeron á Gandia. Alli me arrojaron en el fondo de una caravela, y presentándome un remo, me dijeron: galeote, el rey te sentencia al remo por el resto de tus dias, y advierte que tienes pena de la vida el dia que pises las playas españolas.
GUI. Pero tu eras inocente?
GIL. Si, Guillen, y eso me desesperó de tal manera, que cai enfermo, quedando tan lastimado, que el capitan, por no arrojarme al mar, me dejó por inútil en una isla de las Américas, en donde repuesta un tanto mi salud, me dedicaron al trabajo del campo. Desde alli sali con unos tercios que iban á unirse con el emperador en Tutez. En fin, Guillen, despues de diez y seis años de despreciar la vida, el capitan Hernan Cortés alcanzó del rey el perdon del inocente Gil Perez. Entonces vine á España con el afan de un niño que buscaba á su madre; llegué á la corte y lo supe todo. La muger que tanto amaba, avergonzada de mi amor, y ambicionando lo que yo no le podia dar, trató de perderme, y lo logró.
GUI. Mas cómo supiste esa trama infernal?
GIL. Una criada, cómplice de nuestras relaciones y de sus infamias, me lo ha revelado todo al tiempo de espirar.
GUI. Y ella, en dónde se encuentra?
GIL. En Valencia.
GUI. Quisiera conocerla.
GIL. Ahora es imposible, mañana tal vez te lo revele. Oh! si me concede lo que voy á pedirle, la perdono, y jamás mi presencia turbará su tranquilidad.
GUI. Gil, espero que no nos separaremos; en esta casa hallarás un hermano.
GIL. Acepto tu ofrecimiento.
GUI. Ya sabes los compromisos que me cercan; gefe de un partido, debo sacrificarme por él.
GIL. Si, Guillen, el hijo del pueblo debe vivir para el pueblo. (*llaman.*)

Gui. Sin duda serán los agermanados.

ESCENA VII.

Dichos y Andres.

And. Pronto tendrás aqui á los trece.
Gui. Gil, voy á enseñarte tu cuarto, sigueme.
Gil. No olvides que si puedo ser útil á la Germania, mi brazo aun está fuerte.
Gui. Gracias, en su nombre. Entremos. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

Andres, *solo.*

Quién será este desconocido?.. Pero cuando Guillen le llama su amigo y le abre las puertas de su casa, debe ser de los nuestros. Ademas que bien dice el color de su cara que está acostumbrado á dormir al raso como yo. (*llaman.*) Ya están ahi.

ESCENA IX.

Andres *y* Villarrasa.

And. El señor marqués á estas horas! (*se quita el birrete.*)
Vill. Si, amigo Andrés; yo nunca tengo pereza cuando se trata de servir á los amigos; pero qué haces con la gorra en la mano?
And. Señor...
Vill. Tu la has comprado para tenerla en la cabeza; pónteia, puesto que en ella debe estar.
And. Ah!.. Sois el caballero mas bueno que conozco. (*le besa la mano.*)
Vill. Gracias.
And. Señor marqués, daria mi mano izquierda por veros al frente de ese pueblo que tanto os quiere.
Vill. Vamos á lo que importa. Y Guillen?
And. Está alojando á un forastero en ese cuarto; quereis que le llame?
Vill. No: tu mismo puedes decirle el motivo de mi venida, yo no puedo entretenerme sin infundir sospechas.
And. Le diré cuanto me confieis.
Vill. Cuando terminen las rogativas, la vireina vendrá á esta casa á conocer á Guillen, con la escusa de ver esa hermosa Virgen de los Desamparados. Dile que se muestre fino con ella y los que la acompañen, y que no demuestre que sabe su visita.
And. Asi se lo diré.
Vill. Ahora voy á reunirme con la comitiva de la vireina. Andrés, Dios salve á Valencia. (*vase el marqués.*)
And. Amen. Oh! este si que es bueno; por qué no han de ser todos asi? En vez de estar siempre luchando, viviriamos como hermanos.

ESCENA X.

Andres, Vicente, Ruiz, Jaime, *y algunos agermanados.*

And. Compañeros, id tomando asiento mientras enciendo las luces á la Virgen.
Vic. Dices bien, pues ella nos ha de amparar á todos.
Jai. Qué es de nuestro gefe?
And. Voy á avisarle. (*vase.*)
Jai. Periz, gran nublado se presenta sobre Valencia.
Vic. Si, pero detrás de él aparecerá un sol benéfico.
Jai. Dios te oiga.
Vic. Las quejas del justo llegan siempre al cielo.
Jai. Y qué piensas tu del encubierto, Vicente?
Vic. Que es demasiado ambicioso para ser leal.
Jai. Aseguran que tiene mucho partido en Játiva.
Vic. Como lo emplee en bien de nuestros fueros, le daremos las gracias, pero si nos vende... la cuerda.

ESCENA XI.

Dichos, Guillen, Andres.

Gui. Vuestra presencia, amigos mios, honra mi casa.
Vic. Y tus hechos al pueblo.
Gui. Ahora empecemos saludando primero á la consoladora del hombre, á la madre de la humanidad. (*todos se arrodillan ante la Virgen, menos Guillen.*) Señora, nosotros tratamos siempre en presencia tuya nuestras querellas, porque son justas; juramos ante ti, porque nuestros juramentos son inviolables como tu; invocamos tu santo nombre, porque tu sola puedes velar por nosotros, oye pues nuestras quejas y protégenos, Virgen Maria. (*se sientan.*)
Vic. Puedes empezar cuando gustes, te escuchamos.
Gui. Hermanos mios, el muy alto y poderoso señor nuestro emperador Carlos V, nos ha honrado escribiéndonos una carta en la cual nos autoriza para que elijamos los jurados de la plebe, segun nuestros fueros; el virey se niega á concedernos lo que el emperador nos ha dado; qué debemos hacer?
Vic. Preguntarle con qué derecho desobedece las órdenes del soberano.
Gui. Dice que tiene una carta del emperador posterior á la nuestra, y eso es falso.
Ruiz. Entonces se le irá á suplicar por la última vez.
And. Y si se niega?
Gui. Juraremos nosotros; nombrad á los que deben hablar con el virey.
Vic. Vayan Alonso, Pedro y tú, Guillen.
Gui. Iremos. Vamos á otra cosa; Anselmo Martinez hirió al deshonrador de su hermana; nuestro tribunal le absuelve, el de los caballeros le sentencia. Consentireis que muera el hombre que no tiene otro delito que el de haber defendido su honor?
Varios. No.
Gui. Entonces, si el virey no quiere darle libertad nosotros le arrancaremos de las manos del verdugo. Elijamos ahora los dos jurados de los plebeyos.
Vic. Elige tú por todos.
Gui. Sean pues Jaime Pons y Andrés Genis. Levantaos, amigos mios, y poned vuestras manos en el manto de la Virgen. (*lo hacen.*) Jurais mantener lo pactado?
Todos. Si juramos.
Gui. Jurais defender los fueros mientras os quede una gota de sangre?
Todos. Si.
Gui. Oid pues; si el virey desoye nuestra justa peticion, la campana de San Martin os anunciará el alzamiento; armados entonces de los pendones que guardais en vuestras cofradias, acudireis á la plaza de la catedral.
Vic. Alli estaremos.
Gui. Solo me resta deciros que Juan, mi ahijado solicita retirar el juramento que prestó á la germanía.
And. A nadie se le obliga á la fuerza á permanecer entre nosotros; queda libre desde esta noche.
Vic. Si, pero es preciso que ocupe otro su puesto.
Gui. Yo lo pido para Gil Perez, soldado valiente y amigo mio desde la infancia. Lo admitis?
Todos. Si, si.
Gui. Mañana prestará el juramento.
And. (*á Vicente.*) Cuando Guillen lo propone será digno de ser nuestro hermano.
Gui. Hemos terminado.

VIC. Salud al padre del pueblo. (*vanse.*)
GUI. Dios guarde á los defensores de nuestros fueros. (*vanse todos.*)

ESCENA XII.

GUILLEN *y* ANDRES.

GUI. Andrés, el de Villarrasa te aseguró la venida de la vireina?
AND. Si.
GUI. Entonces bueno será prevenirle un regalo para que sepa que los plebeyos tambien sabemos ser galantes con las damas. Dile á Juan que corte del telar la pieza de damasco encarnado y la baje. (*vase Andrés.*) La vireina en mi casa!.. Es estraño! Alerta; Guillen porque cuando vienen los cortesanos de paz, son mas temibles que con la espada desnuda. (*llaman á la puerta del foro. Guillen abre.*)

ESCENA XIII.

Dicho, DOÑA BEATRIZ, EL VIREY, VILLARRASA, BUSTAMANTE *y dos pages con hachas encendidas.*

GUI. Señor marqués, señora, tanta grandeza en mi humilde casa?
VIR. Mi noble esposa ha oido celebrar tanto la Virgen de los Desamparados que poseeis, que deseosa de admirarla, nos suplicó la acompañáramos hasta aqui.
BEA. Yo os pido mil perdones por la molestia que os puede causar mi visita.
GUI. Señora, á visitas que me honran tanto, siempre quedo agradecido. Esta es la Virgen. (*se acerca la vireina á la imágen.*)
BEA. Oh! que bella escultura! A pesar de ser muy antigua, se conserva en buen estado. Cara os costaria, amigo Guillen.
GUI. Señora, esa es la única herencia que mis abuelos dejaron á mis padres, y mis padres á mi; yo la conservo como un recuerdo sagrado, y espero que mis hijos harán lo mismo.
BEA. Villarrasa, mirad que rico es este anillo. Oh!.. Es un diamante digno...
GUI. De vuestros hermosos dedos. (*se lo dá.*)
BEA. Ved que es una alhaja de valor, y que no debo...
GUI. Mucho mas os mereceis, y no aceptándola me agraviais, señora.
BEA. Sea pues, pero pedidme vos tambien algo en recompensa de vuestro regalo.
GUI. Ah! señora, pues que la suerte os ha colocado tan alta, volved desde vuestro trono los ojos hácia el pueblo; tengan ellos en vos una madre que los haga felices, y vos en ellos una hijos que bendigan vuestro nombre por todas partes.
BEA. Poco pedis.
GUI. Es todo cuanto ambiciono.
Doña Beatriz queda un momento recostada sobre la mesa en donde está la Virgen, como si estuviese orando. En este momento aparecen Juan por la izquierda con una pieza de damasco encarnado; Gil Perez por la derecha, Guillen se dirige á Perez.)

ESCENA XIV.

Dichos, GIL, JUAN.

GIL. Qué diablos, ya me impacientaba allá adentro.
GUI. Silencio. Mira.
GIL. Ah! no está solo. (*se queda en la puerta.*)
JUAN. Toma, Guillen. (*Guillen toma la pieza de damasco y se dirige á la condesa.*)
GUI. Aceptad este corto ofrecimiento, señora.
BEA. Dibujo admirable! (*al tomar la tela deja el pañuelo sobre la mesa.*)
GUI. Es obra de mi taller, señora. (*en este momento se pone á examinar la tela á la luz de la Virgen, de modo que el resplandor de los cirios le dé en la cara.*)
JUAN. Ah!.. Es ella!
GIL. Estoy soñando, ella!..
BEA. (*á Villarrasa.*) Sorolla es un caballero. Marqués, teniais razon.
VIR. (*dando dinero á Guillen.*) Bien merecen esta corta recompensa vuestros regalos.
GUI. Señor Virey, yo no os he vendido lo que os llevais.
BEA. Perdonad, Guillen.
VIR. (Que orgulloso!) Partamos, señores.
BEA. No olvidaré vuestra generosidad, adios.
GUI. Voy á acompañaros. (*vanse por el foro.*)

ESCENA XV.

JUAN; GIL-PEREZ; *los dos se lanzan precipitadamente sobre el pañuelo que habrá dejado la vireina Llegan á un tiempo, pero Juan le coge primero.*

GIL. Dadme ese pañuelo.
JUAN. Primero la vida. (*desnudando la espada.*)
GIL. Desgraciado, la ama.
JUAN. Oh!.. La veré mañana!
GIL. Mañana la veré. (*Juan se dirige al foro precipitadamente, Gil Perez queda abismado en mitad del teatro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara en el palacio del Virey. El fondo abierto; á la derecha, en primer término, un balcon practicable; á la izquierda la cámara de la vireina. Varios cortesanos se pasean por el foro. Al proscenio habrá tres grupos, entre ellos se hallarán los siguientes:

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE VILLARRASA, BUSTAMANTE, MOSEN GASPAR *y* PEDRO MAZA.

MAZA. Muy tarde recibe hoy á sus admiradores la hermosa vireina.
BUS. Estará aun cansada de la caceria.
VILL. Con que decis, señor duque, que se insubordinan vuestros vasallos? Pues yo, en vuestro lugar, les daria todo lo que me pidieran para tenerlos contentos.
MAZA. No os fieis del marqués, es comunero.
VILL. Quién os lo ha dicho, querido don Pedro?
MAZA. Vuestras nocturnas visitas á casa de ese plebeyo que tan orgulloso se muestra con su popularidad.
VILL. Hablais de Guillen Sorolla?
MAZA. Del mismo.
VILL. Yo admiro en Guillen lo que no hallo en otros muchos, la honradez. He aqui el motivo de mis visitas.
GAS. Habeis visto un noble mas reñido con la nobleza que el marqués?
VILL. Conque definitivamente está decidido el virey á no dejar que los plebeyos nombren sus jurados?
GAS. Asi lo aseguran: y si he de ser franco, hace bien. A esa canalla se la debe tratar con dureza.
VILL. Pues no estoy con vos, mi querido Mosen Gaspar. Yo les dejaria cumplir ese capricho que el mismo rey nuestro señor Carlos V autoriza en una carta que á los gefes de la germania ha escrito.

MAZA. Tambien ha escrito una al virey negando lo que piden esos villanos.
VILL. Eso no querrá decir sino que el rey juega con cartas dobles.
GAS. Y sufrimos que hable asi del soberano?
BUS. Prudencia. (*el marqués se dirige hácia el fondo.*)
MAZA. Qué opinas del nuevo virey?
GAS. Que le falta el talento que á su muger le sobra.
MAZA. Doña Beatriz es un verdadero diablo con rostro de angel.
GAS. No os acordais de la caceria? Que intrépida!
MAZA. Sin embargo, á no ser por aquel villano que apareció alli como llovido del cielo, no sé lo que hubiera sido de ella.
VILL. Si por cierto; y si hemos de ser francos, señores, hemos de confesar que la actitud del jabalí á todos nos causó respeto. La condesa perdia el color en vista del peligro en que se encontraba; pero á ninguno de nosotros se nos ocurrió ir á salvarla. Solo aquel pobre diablo tuvo valor para arrojarse sobre la fiera, puñal en mano, y hundírselo en la garganta con una rapidez que hubiera hecho honor á un montero del rey Ricardo. Por lo demas, nos portamos todos á las mil maravillas.
MAZA. Y no sabeis quién es ese joven?
BUS. Un miserable que se atrevió á meterse donde no le llamaban.
VILL. Decis bien, Bustamante; era un miserable, que arriesgando su vida por la vireina, nos enseñó á todos las leyes de los buenos caballeros.
GAS. Este marqués es insoportable!
MAZA. No hagais caso. (*un page levanta la cortina de la derecha y dice.*)
PAGE. La vireina. (*todos se agrupan menos Villarrasa.*)

ESCENA II.

Dichos, y DOÑA BEATRIZ.

BEA. Dios os guarde, señores.
MAZA. Salud á la reina de las hermosas.
BUS. Salud á la mejor de las vireinas.
BEA. Gracias, amigos mios. Mas por dónde anda mi noble esposo que no le veo? Ah!.. Estais ahi, marqués? Por qué no se acerca á saludar á vuestra amiga?
VILL. Porque al sol se le debe mirar desde lejos, señora. (*hablan.*)
MAZA. (Que adulador.) (*todos se dirigen al fondo.*)
BEA. Ja, ja; querido marqués, sois un cortesano completo.
VILL. Os he dicho la verdad, señora; la adulacion nunca mancha mis labios.
BEA. Y qué dicen los plebeyos?
VILL. Nada, señora.
BEA. Me han dicho que os adoran vuestros vasallos.
VILL. Yo no tengo mas que amigos, asi me va mejor.
BEA. Pues con tan hambrientos camaradas, pronto os quedareis sin un palmo de tierra.
VILL. Al contrario, mi renta crece de dia en dia.
BEA. Esplicadme ese enigma.
VILL. Muy sencillo, señora; mis vasallos encuentran en mi un protector; oigo sus quejas, socorro sus necesidades, y asi es que todos se desvelan por mi. Oh! no temais que ninguno de ellos me robe una hora de trabajo, y estoy seguro que tampoco me olvidan en sus oraciones.
BEA. Siguiendo asi pronto trocareis vuestro trage de caballero por la ropilla del villano.
VILL. Mucho sentiria que saliera cierto vuestro vaticinio.
BEA. Pues no se hará esperar. Señores, por fin habeis descubierto quién era el plebeyo que me salvó la vida en Porta-celi?
VILL. Desapareció con tanta rapidez por el bosque...
GAS. Todos esos diablos de plebeyos se parecen tanto... que es muy dificil hallarle.
VILL. Apesar de esa semejanza que vos quereis suponer, hay uno que sabe quién es el salvador de la vireina.
BEA. Oh! por Dios, marqués, no nos oculteis el nombre del héroe.
VILL. Es un agermanado que á pesar de sus pocos años ha adquirido reputacion de arrojado por su inflexible voluntad y su corazon de acero.
BEA. (*á Villarrasa.*) Se me figura, marqués, que mas que la casualidad os hace siempre sabedor de cuanto atañe á la plebe.
VILL. Sin ese algo que vos suponeis, conozco, por casualidad, mas de cuatro secretos de la plebe que no comprende por desgracia la nobleza de Valencia.
GAS. (*ap., á los caballeros.*) Cuando digo que ese marqués...
BUS. (*id.*) Es altamente sospechoso para la nobleza. (*hablan entre si.*)
BEA. (*á Villarrasa.*) Y seria muy dificil á una muger entrar en uno de esos secretos?
VILL. Si esa muger tuviese el talento de mi señora la vireina...
BEA. Guiada por el vuestro...
VILL. Decid.
BEA. Por ejemplo; el secreto de atraer á uno de esos dioses, cuyo soplo mueve instantáneamente á esas masas de hombres pendientes de su voluntad.
VILL. Hablamos de secretos, señora.
BEA. Pues!
VILL. Eso no es un secreto, es un imposible.
BEA. El oro...
VILL. (Esta muger es el angel malo de Valencia.)

ESCENA III.

Dichos, el VIREY, *varios oficiales.*

PAGE. (*anunciando.*) El virey!
VIR. Esto es insufrible, señores; acabo de recibir un nuevo insulto. Mas juro por el santo de mi nombre... Ah!.. Estais ahi, señora? Dispensadme, no os habia visto. (*el Virey se acerca á Beatriz, los demas se reunen dejando solo á Villarrasa.*)
BEA. (Os han insultado!.. De qué os ha servido entonces la espada?)
VIR. (Señora!)
BEA. (Vuestra debilidad nos perderá.) (*alto.*) Contadnos el lance, señor virey. (*todos se acercan.*)
VIR. Cruzaba tranquilamente la plaza de la catedral, seguido de mis pages, cuando un villano andrajoso cogió las bridas de mi caballo y le paró diciendo en voz cabernosa: «Ay de ti y de los tuyos si no das libertad al Panadero. Ay de todos si nos niegas los jurados que nuestros fueros nos conceden.» Iba á castigar su insolencia, cuando se perdió entre las turbas de mendigos, los cuales soltaron sus destempladas voces gritando: fuera, fuera el caballero.
MAZA. Es preciso buscar á ese hombre.
BUS. Si, y apalearle.
VILL. Señor virey, dispensadme que os diga que lo que debeis hacer, es poner en libertad al Panadero.
VIR. Imposible!.. Mañana será azotado en la plaza de la catedral. (Si vos no mandais otra cosa.) (*bajo á Beatriz.*)

BEA. (Solo conservando vuestra entereza, podré olvidar el que no hayais cortado la mano del hombre que se atrevió á deteneros.)
VIR. (Sois muy cruel conmigo, señora.)
BEA. (Soy como debe ser la condesa de Melito.)
PAGE. (*anunciando.*) Señor, tres agermanados esperan el permiso para entrar.
VIR. Te han dicho sus nombres?
PAGE. Guillen Sorolla, Vicente Perez y Juan Ruiz.
VIR. Me permitireis que reciba á esos hombres?
BEA. Me retiro, pero mostradles que teneis corazon.
VIR. Asi lo haré. (*la acompaña hasta la puerta.*)
BEA. Ved que os estaré escuchando. (*vase.*)
VIR. Decidles que pasen. (*todos los caballeros se colocan al lado del Virey, este toma asiento.*)
VILL. (Si la paz se rompe; ay de Valencia!)

ESCENA IV.

Dichos, GUILLEN *y dos agermanados.*

VIR. Adelante, señores.
GUI. Salud al Virey, salud á los caballeros.
VIR. Dios guarde al pueblo. Presumo que tendreis algo que decirme, cuando venis; pero os advierto que llegais en mal hora.
GUI. Sabemos el motivo de vuestro justo enojo, ya está en poder de los tribunales el criminal.
VIR. Con qûe le habeis preso?
GUI. Si, nosotros somos los representantes del pueblo honrado, y ese pueblo respetará siempre á los enviados de sus reyes, si estos respetan los fueros que con la sangre de sus pechos ganaron.
VIR. Decid el motivo de vuestra venida.
GUI. Anselmo Martinez, panadero de oficio, hirió á un caballero porque este habia deshonrado á su hermana. El tribunal de los plebeyos, pesando agravio por agravio, cree de mayor consideracion el que ha recibido el panadero y le absuelve. El tribunal de los caballeros le sentencia á ser azotado en la plaza pública. Yo en nombre del pueblo vengo á pediros la libertad de Anselmo Martinez. (*movimiento en los caballeros.*)
VIR. Imposible.
GUI. Pensadlo bien.
VIR. Mañana será azotado, y dentro de tres dias perecerá en la horca.
GUI. Ya lo ois, hermanos, es inútil el ruego.
VIR. Teneis algo mas que decir?
GUI. Si.
VIR. Os escucho.
GUI. Señor, al pueblo le conceden nuestros fueros dos jurados, él pues ha nombrado á Jaime Pons y Andrés Genis, mañana se celebra la jura en la catedral y vengo á suplicaros que la autoriceis con vuestra presencia.
VIR. Vuestro emperador y señor Carlos V ha destruido ese poder del pueblo, y yo que soy su representante en Valencia, no puedo autorizar esa jura.
GUI. Mirad, señor, que tenemos una carta del emperador concediéndonos los jurados que le pedimos.
VIR. Yo tengo otra en la cual me ordena que no os lo permita.
GUI. La nuestra es de fecha mas reciente.
VIR. Silencio, vive Dios!
GUI. Moderaos, señor, pues no es mi ánimo ofenderos; pensad que un pueblo entero espera vuestra respuesta, y que yo he venido á ofreceros el olivo de la paz.
VIR. Ya sabeis mi voluntad.
GUI. Temed los resultados.
VIR. Me amenazais?
GUI. Os aviso.
VIR. Esto es insufrible, hasta cuándo ha de estar el paño burdo insultando á la seda?
GUI. Hasta que la seda conozca que es menos fuerte que el paño burdo.
VIR. Moderad las palabras y no olvideis que hablais al virey de Valencia.
GUI. Mi inmobilidad en este sitio os dice bien que no olvido donde estoy ni á lo que he venido.
VIR. Basta; podeis decir á ese pueblo que no puedo conceder lo que me pide.
GUI. Os ofrecí el olivo de la paz y me dais el puñal de la guerra. Dios nos mira, Dios castigará al culpable; caiga su anatema sobre vos que tan sin razon rompeis el lazo que nos unia.
VIR. Me amenaza!
TODOS. Oh! (*echan los nobles mano á la espada, deteniendo la accion á una indicacion del virey.*)
GUI. No requirais las espadas, nobles caballeros; tiempo os queda para eso: pronto vereis enrojecer con vuestra sangre las ricas alfombras de vuestros palacios. Pronto huireis como cuervos espantados ante el atronador rugido del pueblo, que vendrá á tomarse lo que con tanta injusticia le negais. Sus fueros, su libertad.
VIR. Salid, salid!
GUI. (*á los germanos.*) Salgamos; el pueblo nos espera. (*al Virey.*) Hasta luego, señores. (*vase con los agermanados.*)

ESCENA V.

Dichos, menos los agermanados.

VIR. Ya lo ois, nos desafian.
MAZA. A las armas.
VARIOS. A las armas.
VILL. (Dios salve à Valencia.)
VIR. Estais resueltos á luchar?
VARIOS. Si, si.
VIR. No hay que perder momento; entremos en mi cámara. (*vanse.*)

ESCENA VI.

VILLARRASA, *solo.*

Si yo pudiese hablar con la condesa, ella tan solo puede evitar la lucha, que una vez trabada será sangrienta; pero no puedo perder tiempo, ha llegado el momento de decidirse.. Valencia, á ti me entrego; pueblo, ábreme tus brazos. (*vase precipitadamente.*)

ESCENA VII.

JUAN, PAGE.

PAGE. Voy á avisar á la señora condesa. Ah, decidme vuestro nombre.
JUAN. Es inútil, no me conoce; decidla que vengo á devolverle una prenda que perdió ayer.
PAGE. Esperad aqui. (*vase.*)

ESCENA VIII.

JUAN, *solo.*

Vamos, corazon, ahoga tus latidos, no te regocijes. Por Cristo que es esta la primera vez de mi vida que he temblado. Ea, valor, estoy decidido; cuando se puede tocar la realidad, por negra que sea, los hombres como yo la deben preferir á la incertidumbre. La vida es un juguete despreciable cuando se espone por lograr el amor de una muger como la vireina; lucharé y será mia.

ESCENA IX.

BEATRIZ, JUAN.

BEA. (Quién será este joven.)
JUAN. (Oh! cuan bella...)
BEA. (Yo le he visto en alguna parte; su mirada es audaz, acabemos.) Decid en lo que puedo serviros.
JUAN. Ayer, señora, os dejasteis olvidado este pañuelo en casa de Guillen Sorolla y vengo á devolvéroslo. (*se lo entrega.*)
BEA. Esperad y daré órden de que se os gratifique.
JUAN. Jamás he recibido gratificacion de nadie. (*con orgullo.*)
BEA. Orgulloso sois. (*despues de mirarle un instante.*)
JUAN. Dios me hizo asi. (*secamente.*)
BEA. Entonces él os guarde. (*se dirige á la puerta.*)
JUAN. No os vayais, señora, tengo que hablaros.
BEA. Sed breve.
JUAN. Desde la primera vez que os vi, os amé.
BEA. Insolente!
JUAN. Señora, soy franco, y por mejor decir soy rudo; en mi labio jamás cupo la mentira; el pañuelo solo ha sido un pretesto para veros.
BEA. Sabeis que vuestra brusca declaracion, merecia que os mandara dar de palos por mis criados?
JUAN. Y sabeis, señora, que mi puñal os probaria que no es tan facil lo que decis?
BEA. (Su audacia me admira.) Ja, ja, ja, acabareis por hacerme reir.
JUAN. Hareis muy bien, pero tambien vengo resuelto á hablaros, y lo lograré.
BEA. (Jamás oi una entonacion mas enérgica.) Os escucho.
JUAN. La noble condesa sin duda no se acuerda ya del villano que tuvo la honra de salvarle la vida en el bosque de Porta-celi?
BEA. No lo olvidaré nunca; y ahora que recuerdo, sois vos por ventura?
JUAN. Yo soy.
BEA. (Ah! Dios me lo envia.)
JUAN. No creais, señora, que os lo recuerdo para que me lo pagueis; os lo digo, para que tengais presente que por vos no me importa arrostrar todos los peligros imaginables.
BEA. (Su mirada, su entereza, me dice que es un hombre de corazon.)
JUAN. No me ois, señora?
BEA. Si, continuad. (Es preciso que sea mio.)
JUAN. Ah!.. Con que mis palabras no os enojan?
BEA. (Probemos.) Al contrario; vuestro arrojo, vuestra altivez, son prendas muy apreciables para mi.
JUAN. Si me amaseis, señora, esas prendas que tanto apreciais, tomarian proporciones gigantescas.
BEA. Amaros, joven! Habeis perdido el juicio? Pensad quién soy, y al mismo tiempo no os olvideis de vos.
JUAN. Y qué me importan vuestra clase? Yo os amo á vos, á vos sola, sin acordarme de si es ó no axequible la altura que ocupais.
BEA. Y aun suponiendo que yo descendiese hasta vos para dar oidos á vuestro amor, qué méritos habeis contraido para merecerlo?
JUAN. Poned á prueba mi cariño; mandadme, y os obedeceré.
BEA. Ved lo que ofreceis, porque es arriesgado.
JUAN. Siempre cumplo lo que prometo.
BEA. Y os prometeis cosas muy dificiles?
JUAN. Si; pues he prometido que seais mia, y lo sereis.
BEA. (Oh! hallé lo que buscaba.) Mucho confiais en vos.
JUAN. Confio en mi corazon que no me ha engañado nunca, y en mi brazo que no me ha faltado jamás.
BEA. Me interesan vuestras palabras; lástima que no perteneciéseis á la nobleza.
JUAN. Amadme vos y perteneceré á ella.
BEA. Vuestro corazon os engaña.
JUAN. Pedidme lo que querais, como dependa del hombre, y mis hechos abonarán mis palabras.
BEA. (Su brazo es fuerte; mi cabeza le necesita. Finjamos y caerá en mis redes.)
JUAN. Callais, señora? Por qué me robais el placer de oir vuestro dulce acento, que resuena en mi corazon como el canto de un angel?
BEA. Dejadme, dejadme... Oh!.. Por qué habeis venido?
JUAN. Porque os amo con delirio; porque necesita mi alma vuestro amor como la tierra el sol, como el águila el espacio. Ah, señora, yo he bebido en vuestros ojos la primera gota del amor, y al caer sobre mi corazon ha abierto una herida que solo pueden cicatrizar vuestras dulces miradas. Ah!.. Miradme asi, señora, miradme asi, aunque me abrase el alma el fuego de vuestros ojos.
BEA. (Pobre niño.) Pero yo estoy loca, Dios mio, dando oido á vuestras palabras; alzad, alzad, oh!.. Por qué me habeis salvado la vida si ahora me robais la tranquilidad! (*abandona una mano que Júan coge y besa con entusiasmo.*)
JUAN. Oh! que venga ahora el mismo emperador á arrebatarme vuestra mano, y le haré morder la tierra á vuestros pies.
BEA. (*levantándose.*) Oh! que imprudencia!
JUAN. Vuestros labios aun no han pronunciado la palabra que ambiciono.
BEA. Imposible, imposible! Mi amor es la muerte.
JUAN. Y qué vale la vida? Amadme y seré vuestro esclavo; decidme mata, y mi puñal hará llevar luto á Valencia entera; pedidme las cabezas de los agermanados, y mañana serán alfombras de vuestros pies. Corazon, voluntad, todo os lo entrego, pero no me pidais que os olvide, porque eso es imposible.
BEA. (Ahora ya es mi esclavo.)
JUAN. Aun dudais?
BEA. No puedo responderos... mañana... Disimulad, joven, os lo pido por vuestro amor.
PAGE. Dispensad, señora, si vengo á interrumpiros; un hombre se obstina en que tiene que hablaros, y no quiere dejar la antecámara.
BEA. Ha dicho su nombre?
PAGE. Dice que se llama Gil Perez.
BEA. Gil Perez! Oh!.. Eso es imposible!
JUAN. (Si logro que me ame esta muger, qué me importa lo demas?)
BEA. Decidle que pase. (*vase el page.*) No me habeis dicho que pusiera á prueba vuestro amor?
JUAN. Soy vuestro, señora.
BEA. Entrad en ese aposento y esperad á que os llame; tal vez necesite de vos.
JUAN. Eso es lo que ambicíono.
BEA. Entrad.
JUAN. Soy todo vuestro. (*vase.*)

ESCENA X.

BEATRIZ, *sola.*

Gil Perez!.. en Valencia!.. Eso es imposible... Oh!.. el infierno le arrojó ante mi paso, pero no importa; valor... serenidad.

ESCENA XI.

BEATRIZ, GIL PEREZ, *se queda un momento contemplándola.*

BEA. (Ah!.. Respira, corazon, no es él.)
GIL. (Los años no han podido destruir su hermosura.)
BEA. Podré saber el importante motivo que con tanto empeño os ha hecho solicitar esta entrevista?
GIL. A eso vengo, señora.
BEA. (Esa voz, no, no, el miedo todo lo confunde.)
GIL. Qué tiene la noble vireina? Se siente indispuesta?
BEA. Sed breve, buen hombre.
GIL. No quisiera que mis palabras hubieran ofendido á la señora condesa.
BEA. (Quién será este hombre?) Acabemos.
GIL. Vengo pues á haceros una visita de parte de un amigo, un pobre diablo, á quien la suerte trató con bastante dureza. (*toma una silla y se sienta al lado de Beatriz, esta se levanta con orgullo.*)
BEA. Y con qué derecho os sentais en mi presencia? (*Gil permanece impasible; Beatriz fija en él su mirada como para reconocerle.*)
GIL. Hace diez y ocho años, el rey pasó por Requena y se hospedó en el palacio de un noble. Este tenia una hija hermosa como un arcangel; su dulce mirada, su infantil sonrisa, fascinaron el corazon del monarca, el cual la ofrecia un brillante porvenir si le seguia á su corte. La niña era ambiciosa y aceptó. Solo un obstáculo se oponia á su felicidad, un hombre á quien habia entregado su corazon en otro tiempo y de cuyo amor se avergonzaba al compararlo con el de un rey. El obstáculo desapareció, sentenciando el soberano á galera perpétua al amante importuno. Ahora os pregunto yo: con qué derecho acusasteis á un hombre que no tenia otro delito mas, que el de amaros con delirio?
BEA. (*turbada.*) Y qué tengo que ver con esa historia de la cual no conozco á ningun personage?
GIL. Tratais en vano de ocultar la palidez del miedo, porque ella os vende asomando á vuestras megillas.
BEA. Basta; salid, me canso de oiros vuestras insolentes palabras.
GIL. Oh!.. Parece increible, señora, que el remordimiento que en este instante estará destrozando vuestro corazon, no humille vuestra audacia.
BEA. Pero yo no os conozco, lo ois?.. Yo no soy esa muger que buscais; dejadme, dejadme ó mando que os cuelguen de los hierros de mi balcon.
GIL. Llamad á vuestros criados, y en su presencia os arrancaré la máscara, para que conozcan todos á la noble señora.
BEA. Quién sois que sabeis hasta lo que le he mandado olvidar á mi corazon? Responded, responded.
GIL. Beatriz, en vano finges no reconocerme; al través de estas heridas que me desfiguran, tú ves á tu antiguo amante, á Gil Perez, que viene á decirte: muger sin corazon, qué has hecho de nuestro hijo?
BEA. (Oh! verguenza!)
GIL. Oye, Beatriz; cuando en los desiertos de América y en los arenales de Africa, el hambre, la sed despedazaba mi pecho, estrechaba tus cartas contra mi corazon, pensaba en ti, y mis padecimientos se embellecian con tal recuerdo. Entonces te amaba. Creia que Dios, apiadándose algun dia de mi, me volveria á tus brazos. Ahora que he leido en tu corazon, me avergonzo de tu amor, y te desprecio.
BEA. Mátame, Gil, mátame antes que nuestro secreto asome á tus labios; la muerte es preferible á la humillacion.
GIL. Beatriz, estas cartas bastan para perderte. (*las saca de la escarcela y se las enseña guardándoselas otra vez.*)
BEA. Pide cuantas riquezas ambiciones por ellas, y las tendrás.
GIL. Nunca volverán á tus manos. Ellas son mi única defensa. Pero si me concedes lo que voy á pedirte, me ausentaré de Valencia y no nos volveremos á ver jamás.
BEA. Y si no cumples tu promesa?
GIL. Ya te he dicho que mi amor se ha trocado en desprecio.
BEA. Pide pues.
GIL. Quiero que me devuelvas á nuestro hijo.
BEA. Imposible.
GIL. Imposible! Oh! entonces ha muerto?
BEA. Lo ignoro; solo sabré decirte, que un criado de mi padre, por órden mia, lo depositó en las gradas de la iglesia de Requena.
GIL. Madre cruel, y no sentiste en tu corazon la voz de la naturaleza, que acusando tu conducta, te gritaba: qué será del hijo de tus entrañas?
BEA. Calla, calla!
GIL. Bien está, yo le buscaré, y si es cierto lo que me dices, quedará en el fondo de mi corazon lo pasado, ni me acordaré de ti.
BEA. Te he dicho la verdad.
GIL. Vuelo á Requena; dentro de seis dias volveré á verte. Adios.
BEA. Júrame que nadie sabrá nuestro secreto.
GIL. Solo pienso en mi hijo, sin él de nada respondo. (*vase.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ, *sola.*

Cuando creia que la muerte habia puesto un mundo entre los dos, le encuentro en mitad de mi camino! Pero esas cartas, esas cartas, si estuviesen en mi poder, entonces qué me importaba ese hombre? ¡Ah!.. El infierno te aguarda. Salid. (*se dirije á la puerta por donde está Juan precipitadamente.*)

ESCENA XIV.

BEATRIZ *y* JUAN; *Beatriz conduce del brazo á Juan hasta el balcon.*

BEA. Mirad á la puerta del palacio.
JUAN. Nada veo.
BEA. Esperad... (Oh! cuánto tarda!.. Habrá salido ya? Ah! él es.) Veis aquel hombre que sale del palacio?
JUAN. Si, ya le conozco, es un forastero que vive en casa de Guillen Sorolla.
BEA. Vos me habeis dicho que sois capaz de todo por lograr mi amor.
JUAN. Y os lo repito.
BEA. Pues bien... os amo.
JUAN. Oh!.. Será verdad!..
BEA. Sí, pero es preciso que antes de un cuarto de hora, ese hombre haya dejado de existir y que esten en mi poder unas cartas que guarda en su escarcela.
JUAN. Las tendreis.
BEA. Corred pues.
JUAN. Rogad por él. (*vase.*)
BEA. (Me he salvado.)

ESCENA XV.

BEATRIZ *y el* PAGE.

BEA. Hola!.. Todas las puertas del palacio quedan fran-

cas desde hoy para ese joven que acaba de salir. Decid á mi esposo que deseo hablarle. (*vase el page.*) Ahora que Gil Perez camina hácia la eternidad, bueno será que hagamos algo en pro del emperador. En cuanto á ese joven, ya procuraré no me moleste cuando no lo necesite.

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ *y el* VIREY.

VIR. Estoy á vuestras órdenes, condesa.
BEA. Os esperaba con impaciencia; qué habeis decidido?
VIR. Los nobles quieren llevarlo todo á sangre y fuego, pero como eso podria tener malos resultados, y en ese caso solo sobre mi caeria la responsabilidad, antes de dar mi venia he pensado pedir consejo á vuestro claro talento, y aqui me teneis esperando vuestras órdenes.
BEA. Pues yo, querido Virey, os aconsejaria que esta noche prendiesen vuestros soldados á Guillen Sorolla y á alguno de los trece; quedando estos fuera de combate, luego buscariamos á un hombre del pueblo que tuviera bastante valor para alzar el grito de mueran los caballeros, y como el pueblo sin Sorolla es un enemigo poco terrible, será derrotado por nuestros soldados, al frente de los cuales debierais poneros.
VIR. Vuestro plan es por cierto el mas seguro para degollar á un centenar de esos plebeyos vocingleros, pero me falta lo mejor; el hombre que dé el grito. (*Juan aparece pálido y descompuesto.*)
BEA. Ah!.. Ahí le teneis. (*se dirige á la puerta; Beatriz le detiene.*)
VIR. Entonces...
BEA. Dejadnos solos, tengo que hablarle.
VIR. Cuento con la dicha de veros?
BEA. Pronto estaré á vuestro lado. (*vase el Virey.*)

ESCENA XVII.

BEATRIZ, JUAN.

BEA. Y las cartas?
JUAN Aqui estan. (*le entrega una escarcela.*)
BEA. Luego...
JUAN. Murió.
BEA. En dónde?
JUAN. En la calle próxima.
BEA. Os vieron?
JUAN. Nadie.
BEA. (Oh!.. Me he salvado.) Tomad, esta es la primera recompensa. (*le tiende la mano, Juan cae arrodillado y la besa con entusiasmo; doña Beatriz desaparece precipitadamente por la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

JUAN, *solo.*

Oh!.. ahora es mia, nos une el crimen.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

El teatro representa la plaza del Aseo: al fondo la puerta de los Apóstoles de la catedral. A la derecha del público la calle del Miquelete. A la izquierda el arco de los Desamparados. En primer término una casa y una taberna; en segundo bocas calles que desembocan en la plaza. A la derecha, en tercer término, una puerta que figura ser la casa de Vicente Periz. Al fondo, bajo del arco, se verá una picota pequeña de tres gradas. Algunos soldados se pasean al rededor de la picota.)

ESCENA PRIMERA.

JUAN *y varios* HOMBRES *del pueblo estarán sentados á la puerta de la taberna bebiendo.*

JUAN. A la salud de nuestros fueros. (*beben.*)
HOM. 1.° Qué será de Sorolla?
JUAN. Ha desaparecido como por encanto, y por mas que se ha tratado de descubrir su paradero, todo ha sido inútil.
HOM. 2.° Le habrán muerto?
HOM. 1.° Mucho lo temo. Oh! no hay que fiar de las capas de seda.
JUAN. Yo mas bien creo que haya pasado á Játiva á ponerse de acuerdo con el encubierto.
HOM. 1.° En ese caso hubiera noticiado su marcha á los trece.
JUAN. Tal vez lo haya hecho.
HOM. 2.° Yo he hablado con Vicente Periz y nada sabe.
HOM. 2.° Si Sorolla ha muerto, todo se ha perdido.
JUAN. Vuestra pobreza de espíritu me averguenza; por un hombre mas ó menos ha de perder la esperanza un pueblo que tantas pruebas ha dado de valor? No teneis á Lorenzo, á Caro, á Palomares!
HOM. 1.° A donde va Sorolla, va la victoria. Su presencia aumenta nuestro arrojo.
HOM. 2.° Y sino recordad aquella vez que él estaba fuera y quisimos... Oh! nos zurraron de lo lindo los caballeros.
JUAN. (El miedo de estos necios echará por tierra el plan de la vireina.)
HOM. 1.° Yo como él no esté no digo ni esta boca es mia...
HOM. 2.° Ni yo.
HOM. 3.° Ni yo.
JUAN. (Toquemos otro resorte.) Con que es decir que porque no se halle Sorolla entre vosotros, dejareis que los caballeros azoten públicamente á vuestro amigo, á vuestro hermano Ambrosio el panadero? Y no os avergonzais? Yo no puedo creer que seais tan cobardes.
HOM. 1.° Cobardes, no por cierto... pero qué será de nuestros hijos si nos pasan á cuchillo?
JUAN. Vuestros hijos! Qué son vuestros hijos sin sus fueros? Bestias con forma humana... esclavos viles con el collar del despotismo en la garganta y la marca del deshonor en la frente.
HOM. 1.° Tiene razon.
JUAN. Creedme, amigos, la muerte es menos dura que la esclavitud. Ay! de nosotros si azotan al hijo del pueblo. Ay! de nosotros si hoy no nombramos á nuestros jurados, porque mañana será tarde.
HOM. 1.° Dice bien, compañeros.
HOM. 2.° A luchar.
VARIOS. Si, si.
JUAN. (Oh! ya son mios.) Tabernero, mas vino; á la salud del reo, á la salud del pueblo. (*beben y hablan en voz baja con animacion.*)

ESCENA II.

Dichos, el VIREY *y* MAZA, *embozado.*

MAZA. Y teneis confianza en el villano?
VIR. Mi esposa me ha asegurado que es el mas fiel partidario de la nobleza.
MAZA. Pues yo, señor, soy tan desconfiado, que en viendo cerca de mi al paño burdo, acaricio como por via de pasatiempo la empuñadura de mi espada. (*hablan.*)
JUAN. Si, amigos mios, hoy les haremos morder la tierra. A vuestra salud. (*beben.*)

IR. Qué dicen esos villanos? Calla, si no recuerdo mal, aquel joven es nuestro hombre.
AZA. Mirad, mirad sus toscas facciones animadas por el vino; parecen condenados.
IR. Bueno es que no sospechen; de cualquier modo, hoy no saldrán con la suya.
AZA. La hora se acerca.
IR. Vamos á reunirnos con los caballeros; ya estarán impacientes. (*vanse.*)

ESCENA III.

AN, *plebeyos,* DOÑA BEATRIZ *y un* PAGE *foro derecha, está cubierta con un manto.*

EA. Alli está.
AN. Amigos, id á prevenir vuestras armas; dentro de media hora en esta taberna.
OM. 2.° Yo no faltaré.
OM. 1.° Ni yo; pues ya deseo que se arme la gresca.
AN. Adios.
ARIOS. Adios.
AN. No olvideis que aun queda vino en este figon y dinero en mi bolsa. (*vanse todos por diferentes calles; Juan se queda á la puerta de la taberna.*)

ESCENA IV.

JUAN, DOÑA BEATRIZ, PAGE.

A. Page, decid á aquel joven, que una dama desea hablarle, y esperadme luego en la catedral. (*el page llega hasta donde esta Juan, le habla en voz baja y se retira por la izquierda.*)
AN. Señora, vos aqui!..
A. Y en dónde mejor? Si la suerte nos es contraria, al pie de los altares podré salvarme del furor del pueblo; asi, pues, he pensado refugiarme en la capilla de la comunion, y esperar alli el resultado.
AN. Teneis razon; pero no temais; en el momento del peligro estaré á vuestro lado, y mi amor...
A. Basta.
AN. Señora, vuestra dureza me admira! Por ventura habeis olvidado la promesa que me hicisteis cuando mi puñal...
A. Silencio; reparad el punto donde nos hallamos.
AN. Perdonad, señora; pero si vos llegaseis á comprender lo inmenso de esta pasion que devora mi pecho...
A. Decidme, qué habeis conseguido?
N. (Oh!.. Ni una mirada, ni una palabra de consuelo para mi.)
A. No respondeis? (*en este momento Villarrasa sale de la catedral, repara en los dos y se detiene.*)
L. (Será la Condesa! Yo lo sabré.) (*se emboza y se queda en el pórtico de la iglesia.*)
N. Os he obedecido, mi gente está dispuesta; solo espera el momento designado.
A. Está bien; hasta mañana. (*se dirige hácia el templo; Villarrasa se aproxima como para reconocerla; entra doña Beatriz en la iglesia.*)
L. No me engañé, es ella.
N. Ah!.. No me ama!

ESCENA V.

JUAN, VILLARRASA.

L. (Es preciso que le convenza.) (*Villarrasa se acerca á Juan, le toca en el hombro y le dice.*) Juan, deseo hablarte.
N. Ah!.. Sois vos, señor marqués! Decid en qué puedo serviros.
VILL. Tu caminas al borde de un abismo sin fondo.
JUAN. Tanto peor para mi.
VILL. Hace algunos dias fuiste á casa de la vireina. (*movimiento de Juan.*) No te sorprendan mis palabras; amigo de la condesa y tuyo, he deseado saber el motivo de tu visita; creo haberlo adivinado, y debo decirte: joven, esa muger te será fatal.
JUAN. Y á vos, señor marqués, qué os importa que este villano se pierda ó se salve?
VILL. Un hombre honrado siempre debe interesarse por otro hombre honrado; tu caminas por una senda peligrosa; mi deber es arrancarte de ella.
JUAN. Mucho interés os tomais por mi, señor marqués!
VILL. Me tomo el que te mereces; tu porvenir está en el seno de ese pueblo que has abandonado, no en los salones de la vireina.
JUAN. Si no fuera porque os respeto y estimo, señor marqués, la punta de mi puñal introduciria en vuestro pecho la contestacion que mereceis.
VILL. Está bien; mi deber era avisarte el peligro que corrias; ahora solo debo decirte: Juan, tu amas á la vireina, lo sé todo; uno de sus pages me lo ha confiado; tu le has jurado sacrificar todo por ella, pero no serás mas que el juguete, el instrumento de sus caprichos y venganzas. Dios te ayude. (*se dirige al foro, llama á una puerta y entra.*)

ESCENA VI.

JUAN, *solo.*

Las palabras de ese hombre han caido sobre mi corazon como una maza de plomo. Se estará esa muger burlando de mi?.. Por qué no? Yo solo soy un hijo del crimen; mis padres se avergonzaron hasta de darme el nombre que llevaban: la sociedad pues escupirá en la frente del bastardo el desprecio que le merecen los autores de sus dias. Oh! si; no puede amarme, pero será mia; ella está en la catedral, yo soy fuerte; cuando la lucha comience la robaré y..... sucumbirá. Prevengámoslo todo. (*llama á la puerta primera de la izquierda y sale Magdalena.*)

ESCENA VII.

JUAN, MAGDALENA.

MAG. Ah!.. Eres tu, hijo mio!
JUAN. Si.
MAG. Estás pálido, qué tienes? Tu padeces...
JUAN. Al contrario, estoy contento; soy feliz. Dime, Magdalena, puedo disponer de tu habitacion?
MAG. No es tuyo todo cuanto poseo?
JUAN. Es que tal vez dentro de poco tendré precision de conducir á ella á una muger.
MAG. A una muger!..
JUAN. Qué, te niegas á concederme lo que te pido?
MAG. Oh! no, hijo mio; yo no tengo mas voluntad que la tuya; manda y te obedeceré.
JUAN. Dispon el mejor cuarto que tengas y dame la llave de esa puerta.
MAG. Solo debo advertirte, que el que tu ocupabas lo habita ahora un pobre enfermo.
JUAN. No importa; arregla tu cámara, que está algo separada y dame la llave.
MAG. (*entra y sale.*) Toma.
JUAN. Gracias, Magdalena.
MAG. Te marchas sin darme un abrazo, sin llamarme como antes madre?
JUAN. Adios, madre mia. (*se abrazan.*)
MAG. Adios, Juan. (*entra en la casa.*)

JUAN. Ahora, noble vireina, veremos quien es mas fuerte de los dos. (*vase foro izquierda. Se abre una puerta de la plaza y salen por ella.*)

ESCENA VIII.

VILLARRASA, VICENTE, JAIME.

VILL. Es preciso, ante todo, no perder el tiempo.
VIC. Si él se presenta, la victoria es segura.
JAI. Y vos creeis, señor marqués, que hay esperanza de darle libertad?
VILL. El arzobispo de Segorve ha logrado que le trasladen á su casa, pues era el único punto que el pueblo respetaria, caso de que el motin estalle. Yo le he suplicado y creo que lograremos...
VIC. Dificil me parece que se comprometa el arzobispo.
JAI. Asaltemos su palacio, el golpe es mas seguro.
VILL. Dejadme hacer, yo tengo alli mis pages, y en caso de que se negase á entregárosle, ya buscaria el modo de burlar su vigilancia. Vamos.
LOS DOS. Vamos. (*vanse, á cuyo tiempo entran por la parte opuesta Andrés y Ruiz.*)

ESCENA X.

ANDRES y RUIZ.

AND. Desierta está la plaza como bolsa de pobre.
RUIZ. No tardará en llenarse.
AND. A qué hora le azotan?
RUIZ. A las doce, ya no falta mucho.
AND. Desde la desaparicion de Sorolla, andamos todos como una bandada de polluelos sin su llueca. (*se sientan á la puerta de la taberna, empieza á acudir gente á la plaza, algunas mugeres entran en la catedral.*)
RUIZ. No te dige?.. Ya empiezan á acudir las moscas. Siempre es una distraccion ver sufrir al prógimo.
AND. El corage me ahoga; no, pues como me sigan media docena, no han de salir con la suya las trusas de terciopelo.
RUIZ. Cuenta conmigo.
AND. Mientras tanto, bueno será desvanecer el mal humor con un poco de mosto.
RUIZ. Dices bien.
AND. Hola, vergante, media azumbre de lo tinto.
RUIZ. Dime, no te parece estraño que no se vea por aqui al marqués de Villarrasa?
AND. El temor se ha apoderado de todos, y cuando el pueblo se acobarda, la cadena está cerca.
RUIZ. Pronto veremos la calle de los Transits colgada de cadáveres.
AND. Es una lástima; la partida era nuestra, pero se nos escapa la pelota de entre las manos y...
RUIZ. De todos modos yo no puedo consentir que se azote á un amigo.
AND. Ni yo, voto á treinta legiones de diablos! (*se oye un redoble, la gente se agrupa à la boca calle por donde debe salir la comitiva.*)
RUIZ. Oyes? Ya se acercan los gorriones.
AND. Da acá esa mano.
RUIZ. Toma!.. lo salvaremos.
AND. Si, pero como es algo arriesgadillo... bebamos. (*beben.*)

ESCENA X.

Dichos, soldados, á cuya cabeza viene don PEDRO MAZA, EL VIREY, BUSTAMANTE, CABALLEROS. *En medio de los soldados el panadero, detrás el verdugo, siguen batiendo marcha hasta quedarse en frente de la picota. El verdugo y el reo se ocultan detrás de los soldados, el pueblo se agrupa en las bocas calles; el virey y los caballeros se quedan al frente.*

HOM. 1.° Pobre Ambrosio!
HOM. 2.° Mirad, mirad que afrentado va.
UNA MUGER. Qué será de sus hijos! (*murmullos del pueblo.*)
VIR. Silencio!.. Don Pedro, leed la sentencia.
MAZA. (*se adelanta, descorre un pergamino y lee.*) Nobles caballeros, honrados y plebeyos, oid. (*lee.*) «Nos don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito y virey de la muy noble y leal ciudad de Valencia, señor de justicia alta y baja, y representante en este pais del muy noble y magnánimo emperador Carlos V, sentencio á la pena de azotes en la plaza pública por mano del verdugo, al plebeyo Ambrosio Martinez, asesino del noble caballero Mosen Eduardo de Ledo; cúmplase la justicia, tal es nuestra voluntad.» (*Juan aparece entre los grupos del pueblo.*)
AND. Tentado estoy por arrojar este cacharro á la cabeza del noble pregonero!
RUIZ. Calma; no ves con qué miedo miran al pueblo los soldados?
JUAN. (*a los del pueblo.*) Sereis tan cobardes que lo consintais? (*murmullos.*)
VIR. Soldados, despejad la plaza. (*los soldados hacen retroceder al pueblo, quedándose algunos grupos en las bocas calles, otros en la puerta de la taberna.*)
JUAN. Ese hombre es inocente, virey, queremos su perdon.
VARIOS. El perdon, el perdon.
VIR. Silencio, ú os mando azotar á todos. (*silencio general.*)
AND. Oh! rabia, el pueblo no se atreve.
HOM. 1.° Si estuviera Sorolla...
HOM. 2.° Si insistimos, nos acuchillan.
JUAN. (Esta gente no sirve para nada.)
AND. (Probemos.) Señor virey, miraos un poco en la injusticia que vais á hacer; nuestros fueros se ven hollados! Ay de vosotros el dia que os pidamos cuenta!
VIR. Soldados, apoderaos de ese insolente y arrancadle la lengua.
(Andrés lucha, el pueblo retrocede, hasta que los soldados le meten en sus filas. En este momento aparecen en una de las bocas calles del fondo, Villarrasa y Guillen Sorolla, embozados; Guillen se coloca junto á la picota, Villarrasa entre los grupos.)
JUAN. (Todo se ha perdido... pero me queda ella.) (*entra precipitadamente en la catedral.*)
VILL. Conde de Melito, ese hombre no puede sufrir el castigo que le habeis impuesto sin estar Sorolla presente; suspended la sentencia hasta que él parezca.
TODOS. Que se suspenda, que se suspenda.
VIR. Silencio he dicho. Pueblo de Valencia, en vano confias en tu gefe; en vano esperas que venga á defender tus fueros; la germanía no existe, mañana os convido á sus funerales, porque Guillen Sorolla ha muerto. (*asombro general del pueblo. Guillen sube precipitadamente las gradas de la picota, arroja la capa y desnuda la espada con voz atronadora.*)
GUI. Guillen Sorolla vive! (*contento general del pueblo; asombro de los soldados, los caballeros desnudan sus espadas.*)

IR. Oh! rabia!.. Traicion!
UI. Amigos, á la pelea!
ODOS. A la pelea! á la pelea!
(En este momento se oye la campana de San Martin ie toca á arrebato; aparecen por las cuatro calles los efes de la germanía con sus pendones, y seguidos de ente del pueblo. Algunos caballeros cercan la picota ie defiende valerosamente Guillen. Lucha general. parece en la puerta de la catedral Juan, llevando en azos á la vireina; cruza por medio del combate, abre puerta de casa de Magdalena y dice entrando.)
AN. Ahora ya eres mia.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala pobre en casa de Magdalena; al fondo un balcon acticable; á la izquierda dos puertas, una da á la calle. la derecha otras dos. Un oratorio pobre con un crucifi- á la derecha. Ventana entre las dos puertas de la iz- ierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, *cerrando el balcon.*

Ya ha cesado el combate; en tan pocas horas cuanta sangre derramada! No parece sino que ansiaban devorarse unos á otros! Hace un momento que el ay! del moribundo se mezclaba con las blasfemias del matador; el sonido de las campanas con el estampido del arcabuz. Ahora ni el mas leve ruido rompe el silencio de la noche... Dia horrible!.. Cuanto padre sin hijo, cuanta esposa sin marido! El pueblo, harto de sangre, duerme con la embriaguez de la victoria... Cuanto tarda... Quién será esa muger que con tanto empeño pretende ocultar? Creo oir pasos en la escalera... Oh!.. no me engaño... Juan! (*abre la puerta.*)

ESCENA II.

MAGDALENA *y* GUILLEN SOROLLA.

I. Yo soy!
G. Ah!
I. Te pesa mi venida?
G. No, pero creia...
I. Que era Juan, no es eso? (Pobre muger!) A los ingratos se les paga su olvido con la indiferencia. Dile á Gil que le aguardo.
G. Voy al momento. (*vase.*)

ESCENA III.

GUILLEN, *solo.*

La victoria ha sido completa... La sangre derramada en defensa de nuestros fueros, será la semilla de la libertad, de la dicha. Oh!.. Si yo pudiera hacer la felicidad de ese pueblo que deposita en mis manos el poder que ha conquistado!.. Veremos... en Dios confio; él no abandona al justo.

ESCENA IV.

GUILLEN, GIL *sostenido por Magdalena.*

I. (Qué pálido está!)
.. Magdalena, (*sentándose.*) á vuestros cuidados debo la vida; me siento algo mas fuerte y quisiera aprovechar este momento para hablar con mi amigo Guillen. (*vase Magdalena.*)
I. (*sentándose al lado de Gil.*) Gil, no he podido venir antes, porque despues de la batalla, al gefe vencedor le quedan otros deberes que cumplir; ahora que los nobles han abandonado la ciudad, ahora que todos se entregan al sueño, vengo á ponerme á tu disposicion, habla.

GIL. Ahora es tarde. La muger que deseaba que encontráras, habrá huido con los nobles.

GUI. Con que aquella incógnita de hace diez y ocho años, á la cual venias á buscar á Valencia, era...

GIL. La vireina.

GUI. La vireina!

GIL. Te asombra? No me estraño.

GUI. No; pero una sospecha cruza por mi mente; ella tal vez...

GIL. Ella, á quien acababa de pedirle mi hijo; ella, á quien una palabra mia podia deshonrar, viendo el peligro que la amenazaba, puso un puñal en la mano de su cómplice, y le dijo: «mata.» Pero... el asesino fue torpe y solo ejecutó á medias su encargo.

GUI. Pero tú no recuerdas sus facciones?

GIL. No; el golpe que recibi en la frente me hizo perder el sentido; al recobrarle, supe que á Magdalena le debia la vida, pues ella fue la que me recogió y cerró mis heridas. Pregunté por mi escarcela, la habian robado; entonces conoci que el asesino era la vireina.

GUI. Oh!.. Si cayera en nuestras manos esa muger!..

GIL. Oye, Guillen; cuando supe que se habia trabado el combate, quise correr á tu lado para buscar á esa muger y arrancarle las cartas que el miserable asesino me habia arrebatado por orden suya... Pero las fuerzas me faltaron y tube que desistir; pensé entonces que tú podias hacer lo que yo no, y te llamé.

GUI. Y quién abandona su puesto en el momento del peligro?

GIL. Cumpliste con tu deber; yo hubiera hecho lo mismo. Pero no se ha perdido todo; me queda la esperanza de hallar á mi hijo; y en cuanto á esa muger... yo la buscaré. La gran señora y el plebeyo no caben en el mundo, uno de los dos debe morir.

GUI. Ella!

GIL. Dios lo sabe; pero vamos á otra cosa; necesito un hombre de confianza que se encargue de buscar á mi hijo, á mi me es imposible ponerme en camino; me siento muy débil.

GUI. Andrés desempeñará esa comision.

GIL. Piensa que es arriesgado al salir de la ciudad.

GUI. Andrés no conoce el miedo.

GIL. Entonces voy á escribir una carta que tu le entregarás, en la cual le esplicaré cómo tiene que buscar á mi hijo.

GUI. Como quieras; pero antes quiero pedirte á mi vez un favor.

GIL. Soy tuyo.

GUI. La ciudad está en poder nuestro, necesitamos un hombre honrado que la guarde y la defienda. Los trece te han nombrado llavero de la puerta del real, en su nombre vengo á ofrecerte ese cargo y espero que aceptarás.

GIL. Acepto.

GUI. Puedes escribir la carta; yo voy á participar á los trece tu aceptacion.

GIL. Te espero en mi cuarto. (*se levanta.*) Ay! (*Guillen le ayuda y le acompaña hasta la puerta por donde se va Gil.*)

GUI. Apóyate en mi brazo, pronto vuelvo. Vamos á recorrer los centinelas; mi deber es velar por mi querido pueblo, por mi amada Valencia.

ESCENA V.

GUILLEN, JUAN, *entrando.*

JUAN. (*asombrado.*) (Guillen aqui!.. Si la habrá visto?)
GUI. Mientras el pueblo derramaba su sangre por sus fueros: Juan, en dónde estabas?
JUAN. A nadie doy cuenta de mis acciones.
GUI. (*cogiéndole.*) Joven, ruega á Dios porque no se trueque mi cariño en odio, porque entonces te aplastaré como á un insecto.
JUAN. Suelta, suelta, ó vive Dios!..
GUI. No hay que alzar el grito, y oye; tus amigos te acusan de traidor; dicen que te has vendido á las capas de seda. Yo quiero que esas hablillas desaparezcan.
JUAN. Dime sus nombres y mi puñal les hará retirar sus calumnias.
GUI. No es con el puñal como se convence á la gente, sino con las acciones. Disponte pues á servir á tu patria como el mas valiente, el mas leal de sus hijos.
JUAN. (Es preciso que se marche.)
GUI. No respondes?
JUAN. Yo siempre servi al pueblo.
GUI. Bien, Juan, dame un abrazo; olvida á esa muger, y torna al seno de tus amigos que tanto te aman.
JUAN. (No se marcha.)
GUI. Adios, pronto volveré á poner á prueba tu lealtad, tu valor. (*vase.*)

ESCENA VI.

JUAN, *solo.*

Oh! gracias al diablo. (*dirigiéndose al cuarto de Beatriz.*) Prudencia, cerremos antes la puerta. Ahora ya puede salir sin riesgo. (*saca una llave del bolsillo y abre la puerta.*)

ESCENA VII.

JUAN *y* BEATRIZ.

JUAN. Salid, señora, soy yo.
BEA. Qué es de mi esposo?
JUAN. Se salvó con algunos caballeros y está acampado con su pequeño ejército en el pinar de Gandia.
BEA. Con que la ciudad está en poder de Sorolla?
JUAN. Si, gracias á Villarrasa y á algunos agermanados que supieron burlar la vigilancia del arzobispo de Segorve.
BEA. (Todo se ha perdido!)
JUAN. Cuando en lo mas crudo de la refriega os conduje á esta casa, mi primer pensamiento fue probaros que no era tan facil burlarse de mi; luego vuestras súplicas pudieron mas que mi deseo, y os dejé por unos instantes para enterarme de lo ocurrido. Ahora que lo sabeis, es preciso que seais mia.
BEA. Estais delirando, joven! Yo debo reunirme con mi esposo. Ea, dejadme partir.
JUAN. No saldreis, señora.
BEA. Os atreveis á poneros delante de mi?
JUAN. Y por qué no?
BEA. Olvidais que soy la condesa de Melito, la vireina de Valencia?
JUAN. Yo no veo en vos mas que una muger que amo con delirio; á una muger que me ofreció su amor por un asesinato; promesa que no olvida nunca un corazon como el mio. El crímen nos sujeta á los dos con sus brazos de hierro, y por mas que forcegeis no podreis romperle.
BEA. (Oh! Dios mio! Dios mio!)
JUAN. Estais en mi poder; la noble señora no es mas que la cómplice de Juan el plebeyo.
BEA. Y hasta cuándo he de ser vuestra prisionera?
JUAN. Hasta que la recompensa ofrecida me pruebe que no he sido el juguete de vuestros antojos.
BEA. (La astucia me valga.) He aqui los hombres, yo crei, viendo vuestra entereza, vuestra altivez, que abrigabais un alma noble, grande, capaz de amar como ninguna; entonces me olvidé de mi clase, y mi corazon os correspondió; ahora me averguenzo de mi debilidad, porque no sois digno de mi, porque no comprendeis lo bello, lo sublime de esta palabra: «amor.»
JUAN. Os desafio, señora, á que halleis un hombre que ame mas que yo os amo.
BEA. Entonces, por qué en vez de esas palabras dulces que nos roban el alma, cuando las pronuncia el hombre que amamos, empleais esas duras espresiones que tanto me lastiman?
JUAN. Señora...
BEA. (Vacila... ya es mio.) Yo habia soñado un porvenir lleno de encantos, de felicidad; habia pensado manifestar al emperador vuestros servicios en pro de la nobleza, y reclamar la recompensa que mereciais; abriros las puertas de mi palacio, teneros siempre á mi lado, y al veros noble, fuerte, poderoso, esclamar con orgullo, he aqui mi obra, he aqui el hombre que amo.
JUAN. Callad, callad.
BEA. Pero todo fue un sueño! Oh! Maldita realidad que viene á destruir mis esperanzas!
JUAN. (Esta muger me volverá loco.)
BEA. Ahoga, corazon, tu amarga pena.
JUAN. Llorais, señora?.. Ah! Perdon, perdon; miradme á vuestros pies; qué quereis de mi? Mandad, sereis obedecida. Yo no soy mas que un esclavo vuestro, que os ama como un insensato. Por una de esas lágrimas, por una de esas miradas, daria mi felicidad, mi vida, hasta mi Dios.
BEA. (Pobre mozo, cuán pronto sucumbió!) Alzad, os perdono, porque yo no sé hacer mas que perdonar.
JUAN. Qué debo hacer?
BEA. En esta casa no puedo permanecer sin que corra riesgo de ser descubierta.
JUAN. Dónde quereis que os conduzca?
BEA. Al campamento de mi esposo.
JUAN. Eso es imposible.
BEA. Entonces quereis que me descubran y que...
JUAN. Yo sabré defenderos.
BEA. Y qué podreis vos solo contra esa turba de hienas que me cercan? Ah!.. Si apreciarais mi vida, si me amarais, me dejariais partir.
JUAN. Pues bien, señora, partireis: mas con una condicion.
BEA. Cuál?
JUAN. Juradme por la memoria de vuestro padre y ante este crucifijo, que dentro de cuatro dias sereis mia.
BEA. (Antes habrás dejado de existir.) Lo juro. Ahora juradme vos que sereis mi esclavo por cuatro dias, y que en el transcurso de ellos no me hablareis de amor, que vuestro brazo egecutará lo que mande.
JUAN. Lo juro.
BEA. Ahora dejadme; cuando esté mas entrada la noche, saldremos de esta casa donde no me creo segura.
JUAN. En ese cuarto, que fue algun tiempo el que yo habitaba, hallareis un vestido mio; cambiadlo por el que llevais, vuestro trage podria descubriros.
BEA. Está bien, á Dios.

AN. Me permitis que os bese la mano?
A. No; me habeis jurado no hablarme de amor; cumplid vuestro juramento.
AN. Teneis razon. Adios. (*vase.*)

ESCENA VIII.

BEATRIZ, *sola.*

Insolente villano, tu mismo colocas tu garganta bajo el filo de mi cuchilla; veamos ante todo en donde me encuentro... (*se asoma al balcon.*) Este balcon da á un callizo que no reconozco. (*se asoma á la ventana.*) Esta ventana á una plaza. Estaré sola en esta casa? Me pareció antes oir hablar en esta pieza.
L. (*dentro.*) Magdalena!
A. Ah!.. Esa voz...
L. (*id.*) Magdalena?
A. Ah!.. No cabe duda, no, no es aprension. (*se dirige á la puerta y mira por la cerradura.*) Es él, él, esto es horrible. Gil Perez aqui, cuando ya le creia en la eternidad; el infierno por segunda vez le arroja ante mi paso. Pero Dios mio, este hombre, cuando dejará de existir? Si saliera... huyamos de esta casa. (*coge la luz y se dirige á la puerta de la calle, al abrirla aparece Sorolla, Beatriz deja caer la luz.*)
A. (Sorolla; estoy perdida.)

ESCENA IX.

GUILLEN, BEATRIZ.

. Quién vá!... (*cogiéndola.*) No respondes? Eres tú, Magdalena? Por qué has apagado la luz?
. (Qué hacer, Dios mio, qué hacer!)
. Callas? Por Cristo que vas apurando mi paciencia.
. (Momento fatal.)
. No hay que hacer fuerzas ó te rompo el brazo. Te abres la cara, yo veré... Cielos, será verdad, Magdalena! Gil; luces, luces...

ESCENA X.

Dos, GIL *y* MAGDALENA *saliendo de sus cuartos con una luz cada uno.*

Ah! (*se refugia junto al oratorio.*)
Ella aqui!
Beatriz!
. (*los tres á un tiempo.*) La vireina. (*pausa.*)
(*á Guillen.*) (Qué hacemos, Guillen?)
Pronto lo sabrás. (*á la ventana.*) Hola, Vicente, que nadie salga ni entre en esta casa hasta nueva orden; tú, Magdalena, puedes retirarte.
. (Cuál será su intento?) (*vase.*)
(Ya no hay esperanza.)

ESCENA XI.

BEATRIZ, GUILLEN, GIL PEREZ.

(*á Guillen.*) (Qué pretendes?)
(*á Gil.*) (Vas á verlo.) Vireina, ha llegado la hora de la justicia; preparaos á oir vuestra sentencia.
Estoy tranquila; cuando os plazca clavad vuestro puñal en mi pecho.
Gil, tu vas á ser el acusador de esa muger; yo seré su juez, la imágen de Jesus, el testigo. (*habla con Gil.*)
(Seria inútil el ruego, mostraré á estos villanos que la vireina no se doblega ante el peligro.)
Qué pena merece la muger que abandona á su amo?
GUI. La muerte.
GIL. Qué pena merece la muger sin corazon que vendiendo su amor al rey, calumnia á su amante y logra del monarca la sentencia de galera perpétua del infeliz que no tenia otro delito que el de amarla con frenesi?
GUI. La muerte!
GIL. Qué pena merece la muger que clava el puñal en las espaldas de un hombre?
GUI. La muerte!
GIL. He concluido.
GUI. Beatriz de Cazorla, en nombre de Dios y de los hombres, quedas sentenciada á muerte.
BEA. Digna hazaña por cierto es la vuestra, señores; matar á una débil muger! Ah! en ese rencor os reconozco... herid, me vereis morir, pero jamás imploraré perdon.
GUI. Tambien seria inútil. Voy á buscar el hombre que debe egecutar la sentencia; preparaos, señora: Gil, á ti te la encomiendo. (*vase.*)
GIL. No se me escapará.

ESCENA XII.

BEATRIZ, GIL.

GIL. La noble vireina no creia, segun parece, hallarme en esta casa?
BEA. Son inútiles las palabras entre el reo y el acusador.
GIL. El silencio suele ser la contestacion de los criminales. Asi se hacen las víctimas para engañar la credulidad de sus jueces.
BEA. (Si yo pudiera... Oh! Aun no pierdo la esperanza.) Cuando querais mi vida, ahi dentro me hallareis, estoy dispuesta. (*entra.*)

ESCENA XIII.

GIL, *solo.*

A pesar de todo, de buena gana la perdonaria; pero es imposible, uno de los dos no cabe en este mundo; cuan felices hubiéramos sido! Dios lo ha dispuesto asi; resignacion! Pero cómo olvidar los momentos de dicha que pasé á su lado? No es ella la madre del hijo á quien busco con afan?... Pero y su conducta, oh!.. No, no, que muera, esa es su suerte.

ESCENA XIV.

GIL, JUAN, *por el balcon.*

GIL. Quién sois?
JUAN. (Gil Perez, estoy soñando!)
GIL. Qué quereis, responded.
JUAN. (Esto es una pesadilla horrible; yo le ví caer sin vida á mis pies.)
GIL. Ah!.. Sois el ahijado de Guillen; pero qué diablo de capricho os ha dado que entrais por el balcon?
JUAN. (Gracias, Dios mio!)
GIL. No merezco vuestra contestacion?
JUAN. Me prohibieron la entrada por la puerta y me fue preciso...
GIL. Y tanto os interesaba entrar en esta casa?
JUAN. Mas de lo que os imaginais!
GIL. A dónde vais?
JUAN. Esa habitacion es la mia; quiero entrar en ella.
GIL. Ahora es imposible; hay en ese cuarto una muger que Guillen Sorolla me encomendó y que nadie debe ver.
JUAN. (Dios mio!)
GIL. Asi, pues, si la fatiga os pone en el caso de buscar un lecho, alli teneis el mio.

JUAN. (Sorolla la ha visto, es preciso que hable con ella.) Buen hombre, quiero entrar en ese cuarto.
GIL. Imposible.
JUAN. No lo será.
GIL. Joven, ved que Sorolla lo ha mandado.
JUAN. Qué me importa á mi Sorolla? Abrid paso.
GIL. Atrás!
JUAN. Por Cristo que si no os apartais, os lo diré de otro modo.
GIL. No me arredran las amenazas.
BEA. (*dentro.*) Juan, socorro, socorro.
JUAN. Ah! esa es su voz. Apartad!
GIL. Jamás, jamás.
JUAN. Entonces veamos quien puede mas. (*forcegean; le aparta de la puerta, á cuyo tiempo sale doña Beatriz con trage de hombre.*)

ESCENA XV.

BEATRIZ, GIL, JUAN.

BEA. Estoy perdida, Sorolla me ha descubierto. (*á Juan.*)
GIL. (*á la ventana.*) A mi, Sorolla, á mi. (*Juan coge á Gil y le sujeta. Luego lo tira al suelo y se va tras la vireina por el balcon.*)
BEA. Qué hacemos?
JUAN. En el balcon hay una escala que facilitará nuestra salida.
GUI. (*dentro.*) Abre, Gil. (*golpes á la puerta.*)
JUAN. Pronto, señora, pronto. (*Beatriz y Juan desaparecen por el balcon.*)
GIL. Favor!.. favor!
GUI. Abre, vive Cristo!
GIL. No puedo, no puedo! (*cae la puerta.*)

ESCENA XVI.

GIL, GUILLEN *y agermanados.*

GUI. Gil, y la vireina?
GIL. Por alli. (*señalando al balcon.*)
GUI. Ha huido, oh! rabia; corramos, amigos, corramos. (*unos se dirigen hácia el balcon, otros á la puerta, y otros levantan á Gil; cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro estará dividido. A la izquierda la muralla y la puerta del Real: encima de la muralla se pasea un centinela. A la derecha la casa de Gil Perez, en el centro de la cual hay una cama. La puerta de entrada de la casa da á la escena: al lado de la puerta ventanas practicables. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Aparece GUILLEN, GIL PEREZ *y algunos agermanados junto á la puerta del Real, por la que van entrando hombres, mugeres y niños. Algunos se van por el foro. Otros se quedan reunidos en un grupo mirando á los gefes de la Germanía.*

HOM. 1.° (*cogiendo un niño y levantándole en el aire.*) Mira, hijo mio, aquel, el de la linterna, es Guillen Sorolla, el valiente defensor de nuestros fueros.
UNA MUGER. Dios le bendiga.
HOM. 2.° ¿Y quién es el otro que está hablando con él?
HOM. 1.° Gil Perez, el alcaide de la puerta: ese tambien es de los buenos.
MUG. ¿Sabeis que el virey está acampado cerca de la ciudad?
HOM. 2.° Por eso cierran esta noche tan temprano las puertas.
HOM. 1.° Ya veis si Sorolla cuida de su querida Valencia, que él mismo se ha constituido en gefe de la Ronda.
MUG. Dicen que mañana dan el asalto los caballeros.
HOM. 2.° ¡Ba! ¡ba! Lo que es yo dormiré tranquilo. Aun no se les ha quitado el susto á los soldados del virey.
MUG. Ni los cardenales de las costillas.
GUI. Centinela, dá el último toque, pues se va á cerrar. (*el centinela dá un sonido prolongado con el cuerno.*) Y vosotros, queridos amigos, retiraos: vuestros hermanos, los trece de la Germanía, velan por vuestra tranquilidad. Pero no olvideis que si la campana de San Martin os llama, todos debeis acudir, pues á todos toca defender nuestros derechos.
HOM. 1.° Y todos nos pondremos al lado de nuestro honrado gefe.
GUI. Asi lo espero.
MUG. (*á los demas*) ¿Le damos un viva?
TODOS. Si, si.
MUG. ¡Viva Sorolla!
TODOS. ¡Viva! ¡viva!
GUI. Gracias, amigos. Soy hijo del pueblo, y al defender sus derechos, cumplo con mi deber. No me victoreeis jamás; solo Valencia es digna de ese honor. ¡Viva Valencia!
TODOS. ¡Viva! (*la gente va desapareciendo por el foro. Doña Beatriz y Juan entran en la ciudad; ella vestida de plebeyo.*)
GUI. Amigos, continuaremos la ronda. (*Suben á la muralla y desaparecen por ella.*)

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, JUAN.

BEA. Si tardamos dos minutos, nuestro plan quedaba destruido.
JUAN. Mañana se hubiera realizado.
BEA. Un dia es un siglo, jóven.
JUAN. Contad, pues, desde el dia en que por mi crímen me disteis un átomo de esperanza, y sumad los siglos que espero ese amor que me habeis prometido, y del cual nunca quereis que os hable.
BEA. Ya os he dicho que mientras no vuelva el virey á Valencia como vencedor, mientras no triunfe la verdadera causa, no puedo concederos nada.
JUAN. Yo no puedo esplicarme, señora, si sois mi ángel ó mi demonio; pero de cualquier modo os obedezco porque la senda que cruzamos, no tardará en conducirnos al término de nuestro viage.
BEA. Pues entonces, esperad y callad hasta que lleguemos al fin.
JUAN. Seré mudo, pero estad segura de que cuando se cumpla el plazo, exigiré lo que me habeis ofrecido. Ambos tenemos el corazon de hierro: ya sabeis que nada me hace retroceder; señaladme la puerta del infierno y entraré sin vacilar.
BEA. Vamos á lo que importa.
JUAN. Mandad; aun no ha llegado mi vez; hasta entonces seré vuestro esclavo; pero cuando llegue seré mia.
BEA. ¿Veis ese centinela que se pasea por la muralla? Quiero que desaparezca.
JUAN. ¿Cuándo?
BEA. Yo os avisaré.

JAN. ¿Es necesario matarle?
EA. Que muera ó que viva me es igual; lo que importa es que desaparezca de donde está.
JAN. Desaparecerá.
EA. En esta casa vive el llavero de la puerta del Real; necesitamos esas llaves.
JAN. Las tendremos.
EA. ¿Habeis pensado el modo de lograrlo?
JAN. Las tendremos, aunque para ello tuviera que clavar por segunda vez mi puñal impunemente en el pecho de ese hombre.
EA. Si llega ese caso, tened mas segura la mano que la otra vez.
JAN. Acabemos, esta conversacion me hace daño.
EA. (Vacila... es preciso reanimarle.) Os hace daño! Olvidais que si os permito que me ameis, es porque bajo ese rostro de niño, se encierra un alma de bronce?
JAN. Lo sé, señora, pero cuando uno hiere á traicion, no se olvida tan pronto la sangre derramada; cuerpo á cuerpo ya es diferente.
EA. Qué importa el modo si se consigue el objeto? Tomad esta pistola, es arma mas segura. (*se la da.*) El gobernador aproximará sus tropas á la muralla; cuando tengais la llave daremos la voz de «centinela alerta.» Repetida, uno de los nuestros se aproximará al foso, adonde caerá como señal este tabardo; entonces abriremos el postigo y la tropa se lanzará por las calles de Valencia gritando: viva el Rey.
JAN. Harto conoceis que todo lo haré por vos, señora. Mientras busco el modo de cumplir vuestras órdenes, me esperareis en la taberna del Aguila, que está en la calle próxima. Cuando oigais dos silvidos, venid á este sitio: no voy á buscaros por no infundir recelos á los concurrentes.
EA. Bien.
JAN. Gente viene; vamos, señora. (*vanse los dos á tiempo en que entran en la escena el virey y don Pedro Maza disfrazados de villanos.*)

ESCENA III.

EL VIREY *y* MAZA.

MAZA. (*mirando á la puerta.*) Hemos llegado tarde.
VIR. Pronto han cerrado hoy los lobos su madriguera.
MAZA. Si nos descubren, seremos devorados.
VIREY. Es preciso pensar algo de provecho.
MAZA. Ha sido una imprudencia, ya os lo he dicho.
VIREY. Culpa es de la suerte y no nuestra. Mi honor y mi deber me han obligado á penetrar en la ciudad.
MAZA. Y sin embargo, ha sido todo inútil.
VIREY. Ya lo veo; y por el santo de mi nombre, que al ver que no encontraba á mi noble esposa, he estado á punto de empezar á estocadas con todos esos bandidos que nos han separado.
MAZA. Mucho amais á doña Beatriz.
VIREY. Que si la amo! Pues por quién sino por ella, he penetrado tres veces con riesgo de mi vida en la ciudad? Ah! os juro, amigo don Pedro, que si mañana doy el asalto, no he de dejar piedra por remover hasta que la encuentre. Si ha perecido, ¡ay del pueblo! porque todos morirán al filo de mi cuchilla... hasta las mujeres. (*el centinela dá la voz de alerta que se repite hasta perderse á lo lejos.*)
MAZA. Moderaos, señor; no ois cómo grazna el cuervo?
VIREY. Es preciso salir de esta cueva de bandidos.
MAZA. Discurramos el medio.
VIR. Traeis vuestro puñal?
MAZA. Sí.
VIR. El trage de plebeyo nos favorece. Lo primero es comprar una cuerda para descolgarnos desde lo alto de la muralla al foso.
MAZA. Y el centinela?
VIR. Qué me importa su vida? Morirá. Vamos á prepararlo todo. No podemos pasar la noche en Valencia sin riesgo de perecer.
MAZA. Vamos. (*vanse.*)

ESCENA IV.

EL CENTINELA, *solo en la muralla.*

Ola! ola! Las hogueras de los señores no están muy lejos. Alerta. Antonio, ten los ojos abiertos no sea que el diablo la enrede. Lo mejor es, para espantar el sueño, que me escarabajea entre los párpados, cantar una cancion á ver si me oyen y se muerden los codos de rabia. (*canta.*)

Si quieres guardar tus fueros
y de tu esposa el honor,
centinela, ojo avizor,
que ahí están los caballeros.
Viva Valencia!
Viva Sorolla!
Que no ha de quedar un noble
diez leguas á la redonda.

(*En este momento aparecen por lo último de la muralla Guillen, Gil Perez, y una ronda, de cuyos individuos uno es Juan.*)

CEN. Quién vive?
GUI. Trece de las Germanías.
CEN. Pasen, y Dios los salve. (*bajan todos y Gil Perez abre la puerta de su casa y entran.*)

ESCENA V.

GUILLEN, GIL, JUAN, *ronda en la casa y el centinela en la muralla.*

GUI. Creo, amigo Gil, que esta noche nos dejen dormir tranquilos los caballeros.
GIL. Asi parece. (*Juan, que estará próximo á la ventana descorre el cerrojo de modo que no le vean sus compañeros.*)
GUI. El marqués de Villarrasa, dice que el virey recibirá pronto el refuerzo que le manda el emperador, y que entonces dará el asalto á Valencia.
GIL. Arriesgado me parece; los ánimos están exaltados, y esa operacion les costará mucha gente.
GUI. De todos modos, aquí les aguardamos. (*á la ronda.*) Podeis relevar al centinela y esperarme al pie de la muralla. (*salen los de la ronda, Gil se habrá quedado pensativo.*) Qué diablos tienes? Alegra ese rostro.
GIL. Guillen, no se separa de mi memoria el recuerdo de mi hijo.
GUI. Andrés debe llegar esta noche, y espero que nos traerá noticias favorables.
GIL. Has dado órden de que le dejen entrar sea la hora que sea?
GUI. Si, Vicente Perez está de reten en la puerta de Serranos, y por alli entrará.
UNO DE LA RONDA. El número tres?
JUAN. (*adelantándose.*) Yo soy. (*suben cuatro y relevan á el centinela; Juan se queda en la muralla; los otros bajan á unirse á los de la ronda.*)
GIL. Oh! si le hallára, seria muy feliz.

GUI. Vamos, valor; qué diablos! un viejo soldado como tú, debe ser mas resignado.
GIL. Solo en tí confio.
GUI. Duerme tranquilo.
GIL. Si viene Andrés con buenas noticias.....
GUI. Descuida; sea la hora que sea, vendremos á participártelas; adios.
GIL. El te acompañe! (*Guillen se reune á los de la Ronda; Gil cierra la puerta.*)
GUI. Amigos, á nuestro reten. (*vanse por la muralla.*)

ESCENA VI.

GIL, *en la casa*; JUAN, *en la muralla.*

GIL. Cuando llega esta hora y me encuentro solo con mis recuerdos, la memoria de mi hijo no se aparta de mi mente. Oh! si le volviera á encontrar.... El seria el consuelo de mi vejez, mi apoyo, mi felicidad.
JUAN. Ya no distingo á nadie.... sin embargo, esperaré un momento.
GIL. Ea, ea, pensamientos dejadme. Y tú, Dios mio, has que encuentre lo único que ambiciono. (*Juan baja de la muralla, reconoce la escena con mucha precaucion. Gil se dirige á la cama y coloca las llaves bajo de la almohada.*)
JUAN. Nadie. Veamos. (*se dirige al foro.*)
GIL. Tal vez el sueño calme mi agitado corazon. (*se acuesta vestido*) Vírgen María! no me olvides... Mi hijo... hijo... hijo... del... al... ma... (*se queda dormido.*)
JUAN. Ya puedo hacer la seña sin riesgo. (*se dirige á lo último del foro y da un silvido.*) Ah!! mi corazon me anuncia que ella se acerca. (*pausa breve.*)

ESCENA VII.

JUAN, DOÑA BEATRIZ; GIL, *dormido.*

BEA. Qué habeis adelantado?
JUAN. Soy dueño de la muralla por una hora.
BEA. Matásteis al centinela?
JUAN. No.
BEA. Entonces!....
JUAN. Me fui al cuerpo de guardia, y compré con vuestro oro el número que debia relevar al que ocupaba ese sitio.
BEA. Y las llaves?
JUAN. Pronto estarán en mi poder; tengo ya franca la entrada de la casa; confundiéndome entre la ronda, me fué fácil descorrer el cerrojo de la ventana.
BEA. Entrad.
JUAN. Y vos, en dónde me esperais?
BEA. En la muralla, haciendo centinela, dadme el mosquete.
JUAN. Vuestro valor me admira.
BEA. (*sin hacer caso.*) No tardeis. (*sube á la muralla.*) (Si mañana soy dueña de la ciudad, ay de tí, villano insolente!)
JUAN. Entremos. (*abre la ventana, y entra por ella en la casa de Gil. Saca una pistola, la monta, y apuntando al cuerpo de Gil, empieza á buscar las llaves.*)
BEA. Las hogueras se distinguen á poca distancia de la ciudad. Alienta, esperanza; valor, corazon.
JUAN. Duerme. Mejor para él. Pero si despierta, su muerte es segura. (*sigue buscando las llaves.*)

ESCENA VIII.

Dichos, EL VIREY, DON PEDRO MAZA.

VIR. La oscuridad nos protege. Subamos.
MAZA. Quereis que vaya delante?
VIR. No. Dejadme á mí y no temais que yerre el golpe.
MAZA. Prudencia, señor. (*empieza á subir la escalera de la muralla cuasi á rastras. Juan, creyendo que se mueve Gil, apunta sobre su cabeza la pistola. En este momento aparece Guillen en lo último de la muralla.*)
JUAN. Oh! fue una aprension, duerme tranquilamente.
BEA. Viene gente; si me conocen... audacia. Quién vive?
GUI. Trece de la Germanía. (*el virey, que en este momento estará en el último escalon de la muralla, se detiene.*)
VIR. Maldicion!
MAZA. Silencio; por aquí, señor. (*le coge del brazo y le obliga á bajar la escalera, quedándose los dos ocultos en el hueco de la puerta del Real; Guillen pasa por delante de Beatriz, y baja á la escena.*)
JUAN. No las veo por aqui; tal vez en la otra pieza... (*coge una luz y entra por la puerta que da al interior.*)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ, *en la muralla*; GUILLEN, *en la escena*; EL VIREY y MAZA, *ocultos.*

GUI. Sí, estoy decidido. Valencia ha puesto en mí su confianza; sus hijos me han dicho: tú eres nuestro gefe, defiende nuestros fueros; ellos duermen, yo debo velar sus sueños.
VIR. Oh! salgamos, y acabemos con ese importuno.
MAZA. (*deteniéndole.*) Prudencia, señor!
BEA. Qué hará ese hombre en el muro?
GUI. Sí, iré á su campamento; pero, y si me descubren? Qué será entonces de este pueblo? Consultemos con Gil Perez. (*se acerca á la puerta, Andrés aparece al fondo. Guillen se detiene.*)
MAZA. Se marcha.
VIR. Eso le salva.
GUI. Quién va? (*desnuda la espada.*)
AND. (*desnudando su espada.*) El que tiene derecho de preguntaros qué haceis á estas horas en este sitio.
GUI. Esa voz! Andrés...
AND. Guillen.
BEA. Otro hombre!
GUI. Qué has descubierto?
AND. En este instante llego de Requena.
GUI. Y bien...
AND. El hijo de Gil Perez, es Juan, tu ahijado.
GUI. Estás seguro de lo que dices?
AND. No cabe duda alguna; he visto al cura de Requena, anciano respetable, y le he preguntado si podia darme indicios para descubrir el paradero de un niño que se depositó en las gradas de la iglesia hace diez y ocho años. Entonces me respondió: Ese niño se le entregué á una buena muger llamada Magdalena Lopez; y esta hacia ocho años que por la muerte de su marido, habia abandonado el pueblo.
GUI. Pero... y si por aquel tiempo se halló otro, y en este caso lo confunde?...
AND. Eso mismo le he advertido; pero me ha dicho que en los treinta años que está de cura en dicha iglesia, no se ha dejado á mas niño que aquel, que se entregó á Magdalena.
JUAN. (*sale.*) Nada! las debe llevar encima; (*se acerca á la cama dejando en la mesa próxima la luz.*) es preciso registrarlo, valor: si hace el menor movimiento esta bala se encargará de dejarle frio, inmóvil. (*se acerca y le reconoce; pero repara en la almohada.*

UI. No hay que dudar, es él.
UAN. (*que habrá encontrado las llaves bajo de la almohada, lanza un Ah! de alegria y las coge.*) Ah!.... Aquí están.
UI. Entremos, entremos á revelarle á Gil.... (*se acerca á la puerta.*)
UAN. Corramos á encontrarla. (*salta bruscamente por la ventana. Guillen y Andrés, que estarán al lado de esta, se vuelven con rapidez al ruido, y se arrojan á un tiempo sobre Juan, el cual queda sujeto por los dos sin poderse mover, al pie de la ventana.*)
UI. Miserable ladron. (*se le caen las llaves á Juan, Andrés las coge.*)
ND. Ola! las llaves de la puerta.
UI. (*Juan forcegea.*) Quieto! infame traidor.
UAN. Soltad. Oh! vive Dios!
UI. Silencio, ó te estrello la cabeza contra ese poste.
UAN. Oh! rabia!!
UI. Gil! Gil! (*este se levanta precipitadamente.*)
IL. Creo oir mi nombre. (*busca las llaves.*) Ah! me han robado, traicion! (*se lanza á la puerta y la abre: en este momento Guillen y Andrés empujan bruscamente á Juan hasta dentro de la casa de Gil; éste retrocede desenvainando su espada. En este momento reconoce á Guillen y se contiene.*)
UI. He aquí al ladron... al traidor, al malvado. (*en este momento todos reconocen á Juan.*)
UI. *y* AND. Juan! (Oh fatalidad!) (*pausa.*)
UAN. Yo soy, sí; matadme; qué esperais! (*pausa.*)
IR. Gracias al diablo.
AZA. Aprovechemos la ocasion. (*empiezan á subir la escalera de la muralla, pero muy despacio.*)
EA. Por fin se fueron. Oh! con que placer contemplo esas hogueras. Cuán dulce es la brisa que se respira en este sitio... (*se asoma á mirar á la parte de fuera de la ci dad.*)
UAN. Los viejos zorros se han quedado mudos ante este jóven tígre?
IL. Dejad que castigue su audacia. (*coge la espada, Guillen le detiene.*)
UI. Desgraciado, detente. (*en este momento el virey y Maza llegan á la muralla. El virey se lanza sobre doña Beatriz dándole una estocada; esta, con las ansias de la muerte, baja por la escalera y cae al pie de ella.*)
IR. Muere, perro comunero.
EA. Socorro... fa... vor... Ay!... (*cae.*)
AZA. Buen golpe. (*se arrojan á la parte de fuera y desaparecen. Al* Ay! *los tres que están en la casa se miran asombrados.*)
UAN. Habeis oido?
UI. Sin duda han muerto á alguno.
UAN. Oh! dejadme, dejadme. (*sale precipitadamente.*)
UI. Amigos, sigámosle.
UAN. (*acercándose á doña Beatriz, dice con desesperacion.*) Muerta! Muerta!
UI. Aun late su corazon.
IL. Socorrámosla.
UAN. Sí, sí, en vuestra casa. (*la cogen entre dos y la entran.*)
UI. La herida es mortal... La vireyna!
IL. Ella! Providencia, conozco tu justicia. (*se queda Juan al pie del lecho donde estará doña Beatriz.*)
UAN. Dios mio, toma mi vida por la suya... Ah! abre los ojos, respira! Decid, decid, quién fué el infame asesino?
EA. Ay!... yo... muero.
UAN. Valor, señora, valor... Oh! y no la puedo salvar..! De qué sirve el hombre? De nada.
BEA. Ah! eres tú, insolente villano!.. Me place hallarte en el momento de mi muerte... para decirte, que te aborrezco; que no has sido mas que el juguete, el instrumento de mi odio á tu clase; y ay! oye, insensato... yo te mal... di... go... Ah!... yo... Dios... Ah! (*muere.*)
JUAN. Oh! (*Juan se tapa el rostro de verguenza; Gil, Guillen y Andrés bajan al proscenio.*)
GIL. Dios la perdone.
GUI. La amabas aun, Gil?
GIL. No, pero en el momento de la muerte todo se olvida.
GUI. En el momento de la muerte, Dios que es justo, para consolarte, te devuelve el hijo que habias perdido.
GIL. (*con afan.*) Y en dónde está, en dónde está?
GUI. Al lado del cadáver de su madre.
GIL. Ah! (*se dirige á Juan, Guillen le detiene.*)
GUI. Imprudente, aun no es hora de que le reveles...
GIL. Cuándo! Cuándo! despues de tanto tiempo...
GUI. Mañana; yo le arrojaré en tus brazos; tanta emocion podia acabar con su juicio.
GIL. Esperaré.
GUI. En cuanto á su madre, jamás debe saber quien fué; ese será un secreto, que ha de quedar en nuestro corazon.
GIL. Oh! sí, nunca! Nunca lo sabrá!
JUAN. (*se coloca la mano en la frente y dice con calor.*) Te maldigo... tú no has sido mas que el juguete, el instrumento... (*con rabia.*) Oh! Con qué esos nobles siempre quieren humillarnos? Venganza! Venganza! Yo necesito bañarme con vuestra sangre; caer sin aliento harto de matar... Dadme las llaves de la puerta.
GIL. (No le abandones, Dios mio.)
JUAN. Dadme esas llaves; y luego os daré mi vida si quereis.
GUI. Cuál es tu intento?
JUAN. Pagarle traicion por traicion. Este tabardo (*coge el de Beatriz*) era la señal de la matanza; pues bien, va á empezar. (*coge las llaves y sube precipitadamente á la muralla.*)
GUI. Amigos, sigámosle. (*salen.*)
GIL. (*cubriendo el cuerpo de Beatriz con la cortina de la cama.*) Señor, recíbela en tu seno. (*sale detrás de los demas. En este momento Juan ha llegado á la muralla.*)
JUAN. Centinela, alerta, alerta, (*se asoma.*) Ah! puntual ha sido. (*arroja el tabardo al foso, baja, abre el postigo de la puerta.*) Ahora seguidme.
GUI. A dónde?
JUAN. A la victoria! (*vanse al fondo.*)
(Momento de pausa. Poco despues entran por la puerta cuatro soldados con algun recelo; reconocen el muro, se acercan entonces á la puerta, y entran algunos mas, tantos como permita el teatro; detrás de estos, el Virey, Pedro Maza, Gaspar, Bustamante.)

ESCENA ULTIMA.

EL VIREY, MOSEN GASPAR JUAN, DON PEDRO MAZA, DON LUIS DE BUSTAMANTE, *soldados.*

VIR. Mucho silencio, señores: no sea que se despierten los cuervos.
MAZA. Ganas tengo de desplumar á una docena.
GAS. Pronto les cortaremos las uñas.
BUS. Lo que me estraña, señores, es no hallar aqui á la vireina.
VIR. Mas me estraña á mí, amigo Bustamante; pero el placer de despellejar villanos me lo hace olvidar todo.
MAZA. Señor, las tropas están esperando. Cuando os plazca....

VIR. Al momento. Soldados: las hienas duermen. Perezcan en su misma madriguera. Sus! á matar agermanados.

(El virey dice este párrafo á media voz. Todos desaparecen por el foro. La escena permanece un momento sola, de pronto se oye dentro tocar las campanas á rebato. El estampido del arcabúz, los gritos de ¡viva el emperador! viva el pueblo! En este instante se llena la muralla de agermanados con mosquetes. Gil Perez y Andrés se ven entre ellos ondeando los pendones de las cofradías. Por el foro salen retirando hácia la puerta el Virey, caballeros y soldados, tras de los cuales viene Juan armado de otro pendon, y seguido de gente del pueblo. Retroceden los soldados. Juan avanza, cuando llegan á la puerta del Real, salen por ella Guillen Sorolla y algunos agermanados.)

VIR. (*cerca de la puerta.*) Viva el emperador!

SOLDADOS *y* CABALLEROS. Viva!!

GUI. (*saliendo por la puerta con los suyos.*) Viva el pueblo!

TODOS LOS PLEBEYOS. Viva! (*los soldados pretenden abrirse paso, pero viéndose acorralados, rinden las armas.*)

GUI. (*á los suyos que apuntan desde la muralla.*) Deteneos! (*al virey.*) Señor virey, podeis salir de la ciudad cuando os plazca con vuestra gente. Por esta vez errasteis el golpe. (*al pueblo.*)

VIR. (Oh rabia!) (*cubriéndose la cara.*)

GUI. Compañeros: vivan las Germanías! Viva Valencia!

TODOS. Vivan!

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—Madrid 29 de marzo de 1856.—El Gobernador—Cardero.

Advertencia. El depósito de las comedias de la *Biblioteca* dramática, en que están incluidas las *del Museo* y *Nueva Galeria dramática*, y que antes se vendian en la libreria de Cuesta, calle Mayor, se han trasladado á la *libreria de Don Vicente Matute, calle de Carretas*, n. 8.

MADRID, 1856.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, *bajo.*